



MEXICO. EN EL AREA DEL TOTONACAPAN.

(Cortesía de Raúl Campá Soler)

Lugar de desarrollo de la cultura totonaca, tenemos como exponente de su clasicismo, al centro religioso de El Tajín, del cual vemos aquí la notable pirámide de los 365 nichos, erigida antaño para rendir tributo a Tajín, dios del tiempo. Hoy se eleva como importante representante de la estética arquitectónica precortesiana.



Un salón de clase del Centro Nuclear.



Vista del "campus" universitario. Al fondo, rico en verdes jugosos, el paisaje montañoso de Mayagüez.

CRONICAS ANDARIEGAS **DENTRO DE UNA PLANTA ATOMICA**

EL átomo es cosa que impone respeto. Su sola mención involucra un orbe misterioso y complejo, asociado a la destrucción y a la muerte, y la mera palabra intimida.

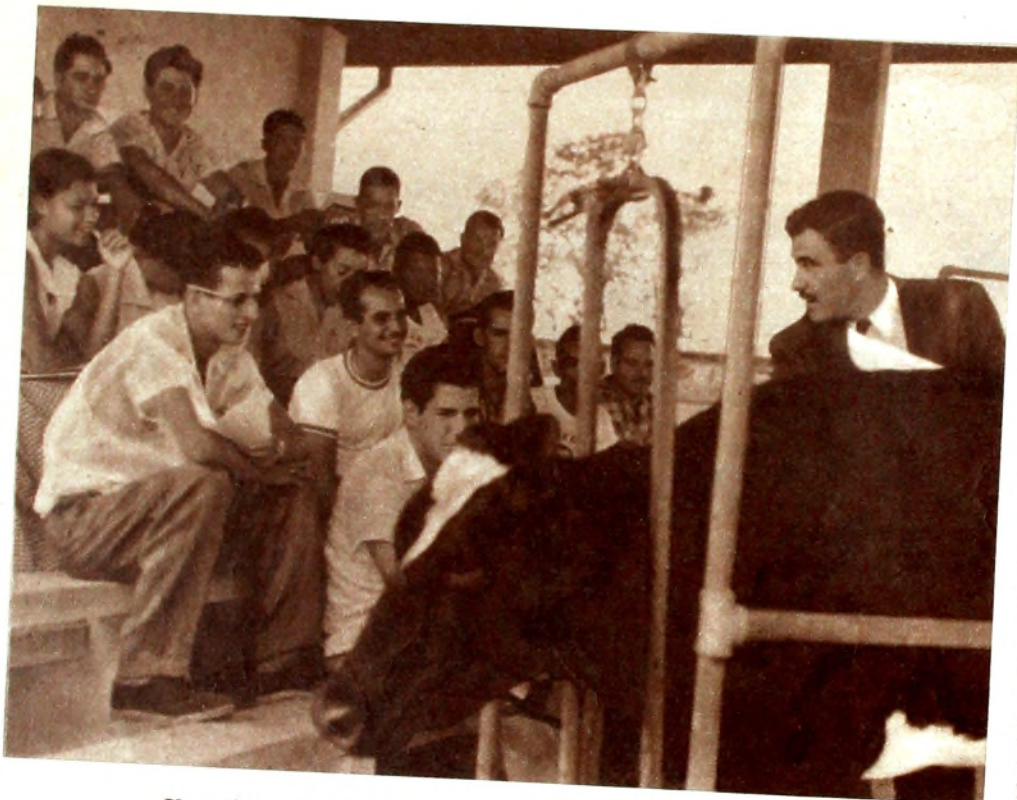
Y cuando en el Colegio de Agricultura y Artes Mecánicas de la Universidad de Puerto Rico, en Mayagüez, nos invitaron a visitar el Centro Nuclear, aceptamos con esa novelería de los profanos ansiosos por invadir un territorio inaccesible, como si fuera a revelárenos de golpe el secreto que iluminaría nuestra total ignorancia científica.

En cuanto entramos, nos prendieron de la solapa un tubito del porte de una estilografía. Observando por un extremo, se veía un medidor, cuyo objeto era indicar la posible carga radioactiva que pudiéramos recibir durante la visita. Una funcionaria anotó cuidadosamente la cifra que en ese momento señalaba el aparatito, nuestra filiación, nuestra nacionalidad, nuestra ocupación habitual. Se habrá preguntado sin duda; qué podía hacer allí un poeta. Después, ay, vimos que no había cuidado de que nos fuéramos con algo: ni sabiduría, ni siquiera radioactividad,

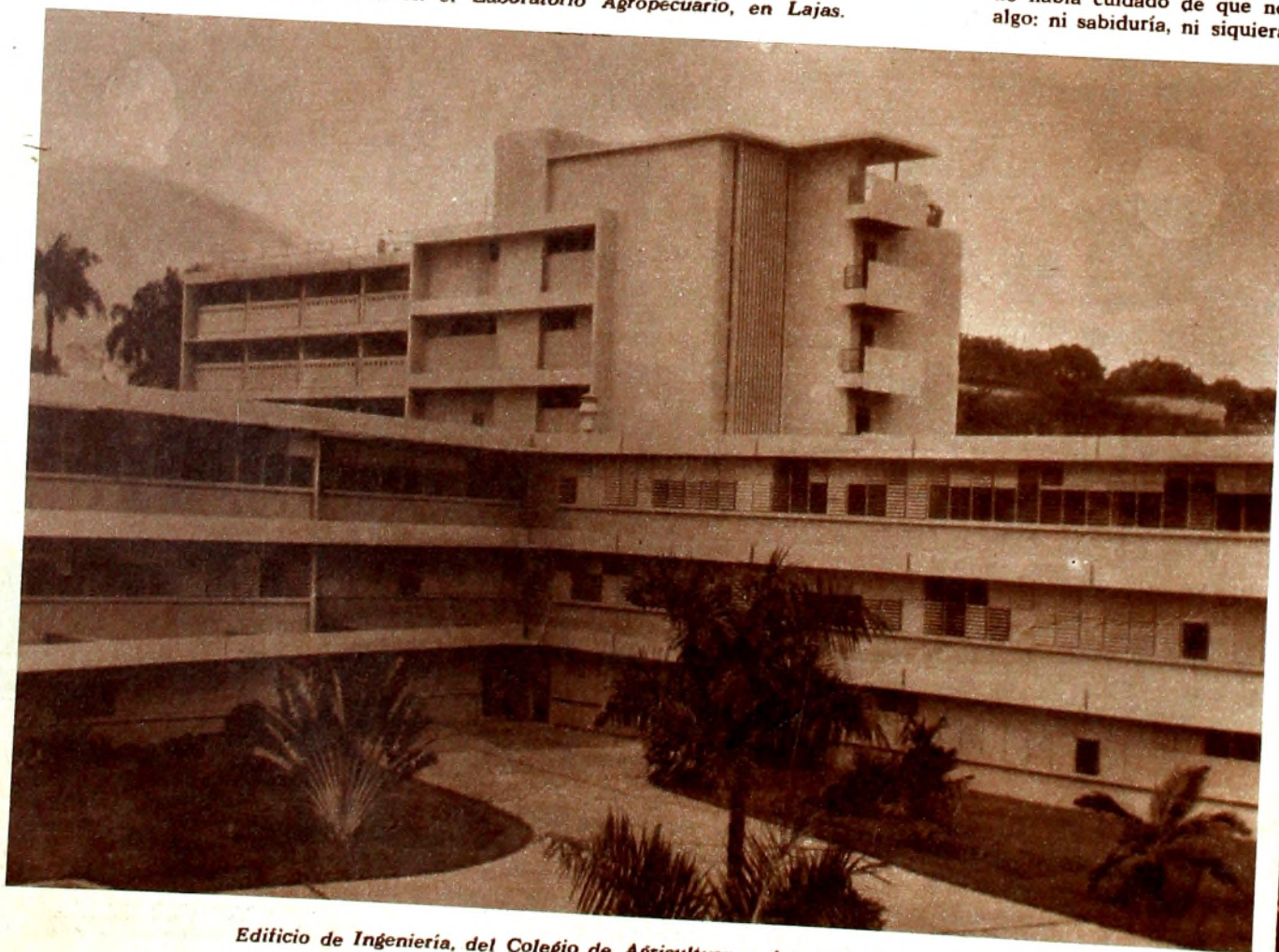
pues el medidor al salir había bajado a Cero...

Nos condujeron a lo largo de una serie de salas modernamente equipadas con aparatos raros; pasamos frente a puertas cerradas en las que a través de los vidrios vimos venes estudiosos manipulando extraños instrumentos, sobre los que se encendían luces rojas o verdes, y sobre esas puertas, carteles de "peligro" advertían que ahí adentro la radioactividad podía echar los brazos al cuello de quien entrara desprevenido. Mucho extraño, imposible de captar en una visita al paso, mundo de notable trascendencia, evidentemente, pues los problemas actuales de guerra o de paz, cifran en ese peligroso personaje, el átomo, soluciones decisivas no sólo para el dramático exterminio de los pueblos, sino para descubrimientos humanitarios y benéficos, en biología, fisiología, bioquímica, radioterapia, cancerología, etc.

Llegamos por fin a una vasta sala, donde se encuentra el reactor para investigación tipo "piscina". Bajo el agua, a varios metros de la superficie, se halla el temible reactor.



Una clase práctica en el Laboratorio Agropecuario, en Lajas.



Edificio de Ingeniería, del Colegio de Agricultura y Artes Mecánicas de Mayagüez.



El Rector de la Universidad de Puerto Rico, Dr. Jaime Benítez, con miembros de la Comisión Atómica de los Estados Unidos, al inaugurarse el Centro Nuclear, en agosto de 1960.

que disocia el átomo, el ene-
 amigo de los hombres, la ame-
 esperanza, según las manos que se
 de sus infinitas posibilidades.
 la Universidad de Puerto Rico, se
 para el bien. El Centro Nuclear
 la Comisión de Energía Atómica
 Unidos, bajo la tutela de la
 y la labor que en él se desa-
 la formación de cientifi-
 que tienen por meta la apli-
 la fuerza nuclear con fines bioló-
 industriales, se hace con seriedad y
 a todos los investigadores his-
 en particular, pues los cur-
 en lengua española.

profesor nos explica detallada-
 funcionamiento del reactor. Nos
 a entendidos. Procuramos enten-
 seguros de haber entendido
 No se nos ocurre ni una pregunta
 hasta para preguntar hay que
 No. Nos hablan de neutrones por
 cuadrado, de miles de kilovatios,
 60, de isótopos radiactivos, con
 claridad. Sólo caemos en
 de que estamos al borde del pe-
 volar por los aires podría no ser
 mejora. ¡Y es tan hermosamente azul,
 del agua de la piscina! Pero
 o quedarían bien ni flores de loto
 El romanticismo está des-
 hay que poner cara seria en este
 aya diosa tutelar es la Ciencia.

un amable ingeniero norteameri-
 no entiende español, sin darse
 poco de que en español le habla-
 contesta en inglés, y nos conduce
 de plantas tratadas radioacti-
 en distintas etapas de crecimiento.
 inocente invernáculo, pero el in-
 aligro también merodea por allí. Sa-
 inglés sigue explicándonos, al aire
 beneficios que la radioactividad
 los árboles, a la horticultura. El sol
 en una isla del Caribe, no es
 propósito para contribuir a la me-
 comprensión de un orbe inexplorado ex-
 lengua extraña. Pero son tan lin-
 claros los ojos del ingeniero, que



El Centro Estudiantil, en el Colegio de Mayagüez.

seguimos oyéndole mientras nos desintegra-
 mos bajo los 40° sin necesidad de reacto-
 res. Imperturbable, prosigue su soliloquio aun
 cuando una llovizna repentina —esos fami-
 liares chubascos de los trópicos— ahuma
 por un rato la hora luminosa.

Y cuando a la salida el computador se-
 ñala Cero, no sabemos si en premio a nues-
 tros "desconocimientos" recién adquiridos,
 una cosa sabemos, sin embargo: el alcance
 de la tarea, su importancia, los caminos

abiertos a los estudiosos por la Universidad
 de Puerto Rico, para ampliar el ámbito de
 los conocimientos de una de las disciplinas
 científicas de más responsabilidad para el
 mundo contemporáneo. La energía atómica
 y sus aplicaciones, son el eje de preocupa-
 ción actual de los hombres.

Laboratorios, reactor, grupo biomédico,
 aplicaciones clínicas, citología, radioterapia,
 física radiológica, ingeniería nuclear, ofrecen
 un vasto programa especializado, bajo la di-

rección de profesores de autoridad cientí-
 fica internacionalmente reconocida.

Y aunque se trate de un suelo tan remoto
 para nosotros, comprendimos en la visita a
 este Centro Nuclear de Mayagüez, lo que
 significan tales enseñanzas.

Porque, sí, claro, naturalmente, el
 átomo...

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



Personalidades científicas observan la piscina en la que se halla el reactor, en la inauguración del Centro Nuclear.

DESPEDIDA

Las razones que tuve para alejarme de mi pueblo, no las recuerdo, o prefiero ocultarlas en la nublazón de tantos años corridos. ¿Eran aspiraciones de vivir en un mundo mejor? La ausencia larga no me dice si esto lo logré; quizá no, porque el recuerdo del pueblo estuvo en todo momento conmigo y lo veía a cada rato en medio del desierto verde de los campos, aislado del mundo, al que sólo lo unía una vía férrea transitada dos veces al día por convoyes perezosos, lerdos. Y la melancolía que me invadía al no verlo más, acicateaba en mí, el deseo de regresar aunque fuera por unas horas.

Había yo echado raíces allá lejos, en mis años de deserción definitiva hacia lo desconocido.

Y aquella noche, al pasar por el puente metálico próximo a la ciudad, el trueno sordo que produjo el convoy sobre él, me trajo

Desdeñé los autos que se me ofrecieron para llevarme hasta el centro del pueblo. Quería, paso a paso, reconstruir mi vida pasada y rehacer recuerdos y ver imaginativamente entre todo eso a seres que ya no son del mundo pero que me lo hicieron más que tolerable, bello.

Todo estaba distinto, y a pesar de que las calles conservaban sus nombres antiguos me sentía desorientado, extraviado entre el tránsito activo del momento y perdido por la falta de edificios conocidos que me sirvieran de guía y que habían desaparecido por la intensa evolución edilicia. El escenario que me había imaginado ya no

calavera y dos tibias cruzadas debajo. El aspecto era impresionante: me asustaba. Cuando la remontaba, su dueño me decía:

—¿Ves?, si sube, es un alma para el cielo y si se cae, es que va para el infierno.

Aquel terrible simbolismo que Ramela atribuía a su papagayo negro me había cobijado de espanto.

Con esa idea de la muerte, iba de la mano con mi hermana hacia la sala donde yacía la abuela. Mi imaginación infantil me hacía ver, en el trayecto, una calavera y dos tibias. Era espantoso. Al llegar a la puerta me detuve e hice resistencia; pero mi hermana me llevó casi a viva fuerza.

cía insondable. La gran nave central también se engrandecía en la sombra y se tornaba severa, majestuosa, inalcanzable hacia lo alto. Al llegar el momento de la bendición, la custodia de plata y los oros de la capa pluvial del oficiante brillaban en el fondo oscuro como movedizas luciérnagas. No existían ya las viejas imágenes de los altares, obra casi todas ellas de santeros valencianos, primitivas, pero bellas e ingenuas. San Antonio, el simpático abogado de los solteros ya no estaba en su altar. Había sido reemplazado él y las otras imágenes, por pinturas murales de ningún valor artístico, inexpresivas, carentes de misticismo.

Al salir de la iglesia en la noche serena y agradable de un verano poco cálido, me senté en un banco de la plaza. Expresivas parejas de enamorados se veían aquí y allá, de pie, sentados o caminando.

Mi comenzado soliloquio en la placidez del lugar, duró poco: Una amplificadora radial instalada en una especie de palomar empezó a desgarrar propaganda comercial alternada con música de ahora, contemporánea de la pintura abstracta o no figurativa. La monotonía y estridencia me arrancaron del asiento y me fui pensando: Por ninguna parte hallo lo que vine a buscar. Estoy presa de una afección nostálgica incurable, me repetía, o esto no es mi pueblo.

Aquella música, por una asociación de ideas me había traído el recuerdo de Ledesma, el viejo paraguayo prisionero de la guerra de la triple alianza que nunca quiso volver a su patria. Poseía el paraguayo un afónico violín que servía de acompañamiento a sus improvisadas y disparatadas canciones en cuya letra mezclaba el guaraní nativo con el balbuceo rioplatense adoptado. De aquel destemplado rascar salían realizaciones, quizá más entretenidas y expresivas que el parlante moderno que acababa de esquivar en la plaza. Era una ingenuidad artística evocadora la del paraguayo.

En el siguiente día, último que había decidido permanecer allí, había una luz solar viva y ardiente. El tránsito era intenso. Omnibus, autos y toda clase de modernos aparatos mecánicos circulaban, casi todos ellos a disparatadas velocidades sin explicación. Otra vez el recuerdo pueblerino vino a ocupar mi imaginación: La volanta del Dr. Nicola, médico del pueblo, tirada por una yunta de negros trotones que arrancaban, en su rauda andar, chispas de las piedras de las calles y nubes de polvo donde no había piedras y que provocaba exclamaciones en tono casi temeroso a graves señores que la veían pasar: "Aquí va a suceder una desgracia, cualquier día de éstos, si la autoridad no toma medidas."

Vuelto a la realidad veía el desfile de otros actores. Pasaban gentes con un mate en la mano y bajo el brazo una botella termostática.

El mate, la costumbre patriarcal; la pequeña calabaza que circulaba de mano en mano en la rueda familiar, bajo un parraol a la sombra de un naranjo; alrededor de una caldera con agua caliente, ya no existía como institución amable. Ahora se tomaba en la calle, en la plaza, circulando por las aceras; chupando de la bombilla mientras se contemplaban los artículos expuestos en el escaparate de una tienda!

En esta forma había muerto como reunión íntima entre amigos y parientes, el uso de la hierba misionera de secular arraigo. Una larga vida me había hecho conocer todos estos cambios. Evocando el mate en familia mi imaginación tomó otro parecido camino: La hora del té de la tarde en el amplio comedor de la casa paterna que mi retina parecía conservar a través de los años. Lo presidía todo la tía Mabel, y a cada uno servía la respectiva taza previa la siguiente pregunta: ¿Lo quieres con nata o sin nata? Si el interpelado prefería el té con leche sin natas, la tía Mabel, soplabla suavemente hacia el fondo de la jarra lechera y retirada así la opulenta nata, el refrigerio quedaba servido sin ninguna nube blanca sobre su superficie. Se conversaba animadamente de temas baladísticos y amenos; de sucesos familiares recientes y de chismecillos inofensivos; que el objeto de aquella reunión más que el deseo de enfrentarse a una amable merienda, era el de estrechar lazos de familia con la narración de sucesos comunes cuya inopinada y entretenida narración comunicaba la alegría al conjunto familiar.

La hora de la ausencia definitiva se acercaba. Toda mi estadía en el pueblo se compendia en un esfuerzo imaginativo, a ve-



a la mente los primeros reflejos de lo que tantas veces había visto y sentido en los lejanos años de antes. Pero esas visiones no se retrataron en los sucesos de aquel final de mi viaje.

Pocos pasajeros llegaban conmigo. En la estación, el andén, más amplio que el que yo conocía, estaba desierto. Los faroles que antes consumían con sus moribundas llamas amarillas y humosas espeso aceite, habían sido reemplazados por lamparillas eléctricas que con su luz brillante y fría alumbraban la soledad presente. Yo no sé si esto lo pensé en alta voz pues oí a uno de los que habían sido mis compañeros de viaje murmurar:

—"Sí, es que antes el ferrocarril estaba solo y ahora hay muchos ómnibus que le hacen competencia. Hay por todos los caminos."



Teresita Stighetti Zito, que el día 26 cumplió 10 años.

existía; y era difícil reconstruirlo. Había asfalto en las calles; y estaba pulido y brillante, lustrado por el tránsito de autos que se movían en las más diversas direcciones.

Aquello no era mi pueblo. No podía rehacer hechos pasados, ubicarlos. Todo estaba diferente. Llegué con mi desencanto hasta la casa donde nació; sólo existía una parte, pues la habían dividido en dos o tres viviendas menores.

Y toda una época se agolpó en mi mente. Mis recuerdos más viejos retoñaron allí. Me veía en mis cinco años con mis hermanos mayores en un cuarto del segundo patio, al que nos habían llevado para que no metiéramos bulla porque la abuela estaba enferma.

Había gran algarazara, juegos más o menos pesados que a veces se convertían en mojicones como reacción a bromas de hecho poco llevaderas; riñas entre hermanos chicos, sin rencores, que se olvidaban con el último moquete dado o recibido.

Un episodio sobre todo ha quedado fijo en mi mente y resalta nítido en la semi bruma de los recuerdos de aquella época. Una mañana jugando en ese mismo cuarto, y cuando la algarazara y el estruendo habían llegado a su punto culminante, entró en la habitación nuestra hermana mayor. Sus ojos estaban irritados, llenos de lágrimas, la cara de expresión dolorida. Abarcó la escena con una mirada y con tono que quiso ser severo dijo:

—"¿Pero qué están haciendo? ¿qué ruido es ese? ¿No saben que abuela Yaya murió anoche?"

Nos quedamos todos súbitamente quietos, estatuas de un momento. Mis hermanos luego salieron en tropel y yo quedé solo con mi hermana.

—"Vamos a ver a abuela. Ya la llevaron a la sala."

Aquello me atemorizó, porque yo, a mi edad, no tenía sino una vaga idea de la muerte. Tuve miedo; me pareció ver flotando en el espacio el papagayo de nuestro vecino Ramela. Este papagayo era una cometa negra que por solo adorno tenía una

La abuela estaba allí. Venciendo el miedo me atreví a mirarla. Era ella, la reconocí. Parecía dormida y toda su bondad se reflejaba en esa cara pálida y serena alumbrada por cuatro cirios. Su blancura resaltaba en la sombra de los grandes cortinados negros. Era una visión majestuosa.

La muerte, pues, no era ya para mí lo que representaba la diabólica cometa de Ramela. Era algo más solemne aquel sueño sin despertar del primer muerto que yo veía. Mi hermano se echó a llorar y yo la acompañé en su llanto.

En la penumbra algunas mujeres arrodilladas rezaban el rosario.

Con estas impresiones en las que había renovado escenas tan distantes me retiré del barrio natal. De la vieja casa convertida hoy en una fonda, salían vahos de salsas fuertes y de vinos ordinarios. Me rechazaba y me fui, lentamente, en dirección a la iglesia.

En el trayecto me encontré con gentes raras, de aspecto extranjero unas y en mangas de camisa otras. No había en ellas el aire de mis viejos comarcanos. Y eran de allí, eso era indudable. El único extranjero, me iba convenciendo a cada paso que daba, era yo.

Era la hora en que mi madre me llevaba al rosario, último ritual antes del toque de ánimas.

Subí las gradas del atrio y penetré en la iglesia. Estaba llena de luz que irradiaban algunas grandes arañas en las que las velas antiguas habían sido suplantadas por lamparillas eléctricas. En aquel momento se oficiaba misa que, aunque era de noche, se clasificaba como vespertina. La concurrencia era numerosa, quizá mayor que la que acudía a las misas matutinas, únicas que se oficiaban en los tiempos pasados.

Con tanta luz la iglesia no tenía la grandiosidad de antes; lo recordaba bien. Entonces una penumbra envolvía todo. Dos cirios amarillentos ardían en uno que otro altar y el murmullo de las oraciones parecía verdaderamente elevarse al cielo por las bóvedas ensombrecidas, cuya altura se ha-



La austera Capilla condensa el pensamiento dominante.



Uno de los vitrales, que reproducen pasajes de la Biblia.

EL CEMENTERIO INGLES

MEMORABLES rastros de "la Conquista" quedaron en nosotros. Huellas intactas. Cada uno nos dejó algo a cambio de su sueño.

Las lusitanas piedras de la Colonia, aún hoy, conmueven con su lenguaje de tiempo avalado. La abulia, los sueños desproporcionados, cierta melancolía y euforia, nos mejoraron los españoles, junto con la palabra, esta palabra nuestra, castellana, armoniosa y rotunda.

De los ingleses, nos quedó el primer periódico impreso que tuvimos.

Luego, cuando las cosas se fueron ordenando, ellos levantaron su templo, el Templo Inglés, porque querían tener, en apropiado haz, su recinto de recogimiento que allá lejos, en las Islas, dejaran.

Unos años antes, habían adquirido una parcela para tener aquí también, su campo santo, el pedazo de tierra definitivo, apropiado.

Mi padre, cuyo mayor placer consistía en recordar, hacía vagas referencias al Cementerio Inglés, diciendo, eso sí, ante nuestro asombro, que "estaba en 18 y Ejido".

Ese terreno "que yace entre los del Ejido de la Plaza y los de Propios de su extinto Cabildo, conteniendo poco más o menos de dos cuerdas de área, lindando por el Norte con el Camino Real del Cordón", había sido comprado en 1828 por el Cónsul Inglés, "para enterratorio de los súbditos de la Nación Británica".

Después de vago resultado en procura de rehacer lo que mi niñez y mi juventud vieron en días lejanos. De lo material no quedaba nada, todo era fantasía rememoradora.

Tomé mi valija y me dirigí a la estación. Pasé junto a una casa de comercio en cuya trastienda se reunía en tiempos lejanos un grupo de respetables vecinos formando su diaria tertulia. La disposición actual del interior del comercio era diversa de la antigua y en ella no se veía ningún grupo de contortuosos como aquellos, o parecidos, que pasaban su tiempo hablando de política o narrando hazañas propias o ajenas de épocas lejanas y que afirmaban con gran entereza, ya que los testigos, si un día los hubo, no existían. Y allí desfilaban exaltados por la narración pintoresca y por la atención admirativa de los oyentes, todos los personajes de la historia del pueblo en una especie de concurso de tradiciones orales. Como fantasmas cruzaban la escena muchos tataradeudos involucrados en hazañas épicas del tiempo colonial y del amanecer de la nueva nacionalidad. En vaguedad encantadora pasaban los recuerdos entre ellos; y ahora los míos añadían otros tan gratos como aquellos pero que para mí se tornaban cada vez más dolorosos. A tales cuadros les faltaba el marco adecuado que hiciera realzar su belleza y faltaban las paredes de las viejas casas coloniales para que, colga-

Ligado por la fecha a los comienzos de nuestra nacionalidad; vinculado en la inscripción, a los nombres próceres de Don Carlos Anaya y don Juan Benito Blanco, estuvo allí el cementerio durante medio siglo.

El ensanche de la ciudad, necesidades de interés general, los días que pasan, determinaron que hubiera que pensar en su traslado.

Y en 1884, el Representante Inglés escribió a favor del Estado dicho terreno, por la suma de 126.000 "pesos oro". (1)

Con los recursos provenientes de la venta, fue adquirida la parcela con frente a la calle Rivera, inmediata a la Necrópolis del Buceo, que actualmente ocupa el Cementerio Inglés.

La placa conmemorativa señala que se inauguró el 14 de octubre de 1885.

Hemos traspuesto el enrejado muro con algo de quinta olvidada, como si sus moradores hubieran emprendido un largo viaje, para no volver...

Una fina mole de piedra se yergue a pocos pasos. El obelisco conmemorativo de los 64 años del Reinado de la Reina Victoria, domina el perímetro del viejo jardín, donde los pájaros cantan bulliciosos, ajenos a todo, porque saben que la primavera se acerca.

Observamos con atención ese testimonio del sentido monárquico tradicional, un ver-

dos en ellas, completaran el escenario que en mi pensamiento utópico yo intentaba rehacer.

Y el tren arrancó pausadamente y al pasar sobre el puente, exhaló su locomotora Diessel un rugido áspero, ensordecedor. Ya no era el simpático pitar de las locomotoras a vapor.

Mi nostalgia me había llevado a forjarme un sueño irrealizable: ver de cerca a mi pueblo inspirado por su alma antigua. Su progreso material era enorme, pero su alma, la que yo había conocido ya no existía. Y pensé: lo que yo anhelaba rehacer no cabe en ningún propósito humano; pero las almas que nos son afines viven y siempre van con uno renovándole el recuerdo, alentándolo en la lucha por el vivir. Ellas fueron las que en aquellos dos días me dijeron que el visitado no era mi pueblo, pero que ellas por siempre me acompañarían.

Y es así. Hoy mis nostalgias se han desvanecido, creo que hasta el final de la vida.

Pero, en mi huida, una melancólica convicción me obsesionaba: Vejez y soledad son expresiones sinónimas.

Bernardo DE LA HANTY

(Dibujo del autor)

(Especial para EL DIA)

dadero culto, que rige la vida y la conducta de las Islas, y con nuestro acompañante nos dirigimos a la Capilla, cambiando breves palabras.

Cuatro hectáreas abarca la necrópolis. Tres mil cuatrocientas setenta y ocho personas, descansan en ella. No sólo británicos, que son los más. Los hay de diversas nacionalidades. No sólo protestantes. Los hay católicos, evangelistas, metodistas, adventistas.

Hasta hace unos diez años, se permitía la inhumación sin discriminación, de hasta diez cuerpos mensuales. Luego, por razones de espacio, solamente de personas de la colectividad británica.

No se realizan reducciones. Está estipulado no alterar nada en el plazo de cien años.

El posible excedente de dinero, magro ahora, que se percibe por los derechos funerarios, puede tener un destino social de solidaridad: el Hospital Británico, el British School, el Templo Inglés.

Una Comisión Directiva dispone con acierto las cosas.

Vamos mirando piedras, leyendo inscripciones, nombres, fechas, al pasar.

No vemos nada cursi, ningún ángel caído, ningún ala rota, ningún rostro esculpido, que haga apartar la mirada discreta, ninguna leyenda melodramática, ninguna ostentación. Un nombre, una fecha.

A veces ese nombre tiene resonancia en nosotros, despierta, promueve algo. O simplemente, el respeto que impone la muerte.

Apellidos: Robertson, Prichard, Maclean, Shaw, Davie, Clarke, Gray.

"William Cranwell. Nacido en 1808, en Irlanda. Fallecido en 1864". ¿William Cranwell? El fundador de una famosa farmacia montevidéana, desaparecida no hace mucho, de la que hablaba nuestro padre... La farmacia de Cranwell...

Un militar: el capitán Acosta.

Un ciudadano alemán: Loedel Palumbo.

Manuel Albo... ¿El Dr. Manuel Albo? Sí, el ilustre Dr. Manuel Albo, descansa aquí. Su esposa, la Dra. Luisa Volonté, algún tiempo después del fallecimiento de su marido, emprendió un viaje por Europa, llevando consigo el manojito de cartas que Albo, siendo novios, le escribiera. Las cartas recorrieron el mundo con ella, como algo querido de lo que uno no se puede desprender.

Fallecida la señora unos años después, el hijo dispuso que las cartas del enamorado fueran depositadas con ella. Allí descansan ahora los dos, con el vínculo amoroso, conmovedor, de las bellas palabras juveniles, escritas.

Entramos en la Capilla, austera, despojada de todo fetichismo, casi desnuda, sin nada que distraiga la atención del pensamiento dominante, donde dos vitrales laterales cromados, por donde se filtra atemperada la luz exterior, reproducen con sencilla gracia pasajes de la Biblia.

Y el silencio del instante logra conmovernos, penetrarnos.

Pensamos ya, al desandar el camino entre los árboles, en el núcleo de ciudadanos británicos que dejaron en nuestro País, una tradición de trabajo y de orden. Sentimos admiración entonces, hacia ese pueblo emprendedor, religioso, respetuoso y monárquico, que contribuyó decididamente a nuestro progreso con grandes obras de utilidad pública.

El hecho de que ellas hayan sido luego nacionalizadas, no amengua sino que demuestra su importancia. Pero, además, dejaron un ejemplo.

Y entre el vaivén de pensamientos circunstanciales distintos, que propician el silencio, el aroma de los pinos, la tierra húmeda, el cielo azul, aparece de pronto, inusitadamente, una sombra cruzando el sendero. Shakespeare, nuestro amigo, la ha empujado, sin duda, hacia nosotros.

Las palabras traviesas de los zapadores resuenan ahora en nuestros oídos, con el aire estremecido de la tarde, mientras la sombra de Hamlet, lánguida, va desapareciendo...

Enrique Ricardo GARET

(Especial para EL DIA)

(1) El verdadero valor de esta moneda, igual que el señalado en nuestras notas anteriores sobre "La Casa de Gobierno" y "La Casa de Santos", aparece confuso, dado que, comparativamente parece excesivo para la época.



El obelisco conmemorativo de la Reina Victoria domina la entrada de la necrópolis.

MADONNA VERONA EL PRESENTE Y EL PASADO



La fuente de "Madonna Verona".



Las fuentes del Adigio en el Paso de Resia.



Terni. La cascada de Marmore.

TRESCIENTOS metros en el espacio milcuatrocientos años en el tiempo separan *La Arena*, el gran anfiteatro romano de Verona, del *Ponte Scaligero*, el más famoso de los diez puentes que en la misma ciudad cruzan el río Adigio.

El primero, con sus arcos poderosos, con su capacidad para veinticinco mil espectadores en las treinta filas de graderías, es la estática de la Edad Antigua; el segundo, destinado al tránsito, con sus arcos de almenas gibelinas arrojados en el vacío sobre el vacío, es la dinámica, es el preludio de la Edad Moderna.

Corre el agua del Adigio debajo de los diez puentes y murmura antiguas historias de guerras y de amores. Por su valle bajaron los Cimbros en el año 101 a.C. para ser destruidos en Vercelli por Cayo Mario; cuatro siglos después pasan los Godos para perecer bajo el gladio de las legiones romanas mandadas por el emperador Claudio II "el Gótico"; doscientos años más tarde llegan por el mismo valle los Suevos de Radasio y los Visigodos de Alarico para ser deshechos en Fiésole, en Pollenza y en Verona por Estilicón; por aquí bajaron sucesivamente los Hérulos de Odoacre y los Ostrogodos de Teodorico cuando ambos —también sucesivamente— se establecieron en Italia con el título de "Patricios Romanos".

Estas regiones vieron el poderío de la Serenísima República de Venecia a la cual espontáneamente se anexaron; y en ellas, por doquier extendemos la vista, los nombres de los lugares evocan el retumbar del galope de la caballería y el tronar de los cañones: Arcole y Rivoli, cuando Napoleón aún se llamaba *Buonaparte*; Peschiera, Pastrengo, Monzambano, San Martino, Goito, Villafranca, cuando la juventud de la Joven Italia derramaba su sangre por la independencia de su patria.

Y, como contraste a estos nombres sonoros, hacia el Oeste, en las orillas del Lago de Garda, los restos milenarios y silenciosos de una villa recuerdan los cantos de amor de Cayo Valerio Cátulo, el más grande poeta de Verona y el primer poeta lírico latino; hacia el Este, sobre la colina de Montecchio, se yerguen las torres del castillo de Romeo y Julieta, mudos testigos de un gran amor; y, en el centro de todo este soberbio escenario de amores y de guerras, desde hace centenares de años está la imagen hierática de "Madonna Verona" — la Señora Verona.

Madonna Verona es el nombre que le dio el pueblo a una antigua estatua romana que decora la fuente de Piazza delle Erbe, la plaza donde se ofrece al viajero que llega desde más allá de los Alpes las flores de los jardines de Italia y las frutas doradas al sol de Italia, mientras el agua de la fuente canta su eterna canción manando de los pies de la estatua como un símbolo del alma antigua: siempre la misma aunque se renueva eternamente.

Porque, al cesar el fragor de las armas, cuando comienza una tregua entre las fuerzas humanas, comienza la lucha contra las fuerzas de la Naturaleza. Ya no bajan los bárbaros por el Valle del Adigio, pero bajan desde las fuentes las aguas turbulentas; y ellas, como la de los otros ríos de Italia, deben ser regularizadas y encauzadas para que su poderío sirva al bien común. Y para esto en el Valle del Adigio y en sus afluentes se construyeron represas y se instalaron sesenta y dos centrales hidroeléctricas en una región alpestre que parece creada por la Naturaleza en sus momentos de alegría y de ira; porque si a veces extendió dulcemente los valles cual inmensos salones con tapices de verde, de oro y de púrpura, otras veces los encerró entre enormes murallas de rocas vertiginosas donde los ríos que surgen de los ventisqueros precipitan de cascada en cascada a través de los bosques de pinos y de abetos atormentados por los huracanes y por las tempestades de nieve.

Como si el amor y las guerras, la calma y el furor, se irradiaran desde la región de Verona hasta el Alto Adigio, hasta las mismas fuentes del río en el Paso de Resia.

En el paso de Resia — amplia y deliciosa pradera situada a mil quinientos metros de altura — se transformaron dos lagos natu-

del abismo de los cuales surgía el Adigio en un
embalse para la producción de energía
eléctrica. Naturalmente no vamos a dete-
nernos en datos numéricos y en descripcio-
nes técnicas; sólo diremos que de aquel embalse
el agua se encauza por túneles de tres a
cuatro metros de diámetro en una longi-
tud de treinta y dos kilómetros; y, después
de recibir en los mismos túneles las aguas
de otros ríos y alimentar las turbinas de dos
grandes centrales subterráneas vuelve al
cauce del Adigio de cuyas fuentes había
salido.

En consecuencia, cuando las aguas de este
embalse pasan murmurando antiguas historias
debajo de los diez puentes de Verona, ya
habían producido centenares de millones de ki-
lowatthoras de energía, y esa energía ha
travesado los Alpes, ha llegado a Verona
y Milán, ha bajado hasta la llanura del
Pois por el mismo camino que recorrian las
invaciones bárbaras, ha alcanzado cerca de
la masia Carrara las costas del Tirreno, se ha
unido a las que procedían de las centrales
hidroeléctricas de la Italia Central y Me-
ridional, ha contribuido a formar un con-
junto de cincuenta mil millones de kilo-
watthoras y, por un estupendo electroducto
obstentado por torres de doscientos veinti-
cinco metros de altura, se ha unido a las
centrales de Sicilia.

Unión maravillosa que a los cien años de
unión política de Italia encierra en una
inmensa red de energía a todas sus regiones,
desde las cumbres nevadas de los Alpes
hasta las "stelle alpine" hasta los
extremos de Sicilia donde florecen los na-
ranjos.

Unión maravillosa, producto de la mente
del brazo del hombre que ha encauzado la
fuerza del agua y, cual ciclope enfurecido,
ha precipitado desde centenares de me-
tros de altura para que contribuyeran al
bienestar de sus semejantes.

Y, desde aquí, desde la Piazza delle Erbe
donde la estatua hierática de "Madonna Ve-
netiana" mira absorta hacia la lejanía del es-
pacio y del tiempo, nuestra imaginación
se eleva también hacia regiones lejanas y ha-
ce tiempos lejanos, hacia la primera de es-
tas obras ciclópeas de encauzamiento de las
aguas, obra que fue ejecutada hace veinti-
cinco siglos y que constituye actualmente el
centro geográfico de esa inmensa red de
energía eléctrica.

Ella se encuentra en el mismo corazón
de Italia, cerca de la ciudad de Rieti donde
corre un río que se llama Velino. Las in-
stalaciones de las aguas del Velino habían
obstentado a través de los siglos una barrera
que detenía la corriente regular, de modo



El Puente Scaligero.

que las aguas se empantanaban y el terreno
se había transformado en marismas infe-
cundas y mortíferas.

En el año 273 a.C. fue nombrado Censor
Manio Curio Dentato, el Cónsul romano que
había vencido definitivamente a Pirro en
la batalla de Benevento. Con el producto
de la venta del botín dejado por Pirro en
su veloz retirada Curio Dentato hizo cortar
la montaña de las Mármoras, cerca de la
ciudad de Terni, y el Velino se precipitó
por ese corte en el río Nera que corre más
abajo, con una altura total de caída entre
Rieti y Terni de doscientos setenta y cinco
metros.

Unos doscientos años después de la reali-
zación de esta obra titánica, los ciudadanos
de Terni se quejaron al Senado Romano
aduciendo que las aguas del Velino que
caían por la cascada artificial hacían des-
bordar el río Nera, y pidieron que se ejecu-
taran las obras necesarias para que aquella
cascada desapareciera.

Los ciudadanos de Rieti, a quienes esa
desaparición hubiera perjudicado porque
habría provocado la reaparición de los pan-
tanos, solicitaron del mismo Senado la con-
servación de la cascada. El Senado nombró
una Comisión Técnica compuesta por un
Cónsul y diez Legados para que "informara".

Parece, sin embargo, que los ciudadanos de
Rieti no debían tenerle mucha confianza a
dicha Comisión porque se hicieron defender
ante el Senado por el mejor abogado que
encontraron; el abogado se llamaba Marco
Tulio Cicerón, y su defensa fue tan eficaz,
tan convincente, que la cascada de las Már-
moras quedó, y nosotros, a la distancia de
más de dos milenios, podemos admirarla y
utilizarla para la producción de energía
eléctrica.

Esta obra gigantesca es referida por Ci-
cerón en el estilo lapidario que tan bien se
adice al carácter romano: *Lacus Velinus a
Manio Curio emissus, interciso monte, in
Narem defluit*. Todo el trabajo titánico está
en dos palabras: "interciso monte" — por la
montaña cortada.

El agua al caer forma un gran arco iris,
el cual está descrito por Plinio el Antiguo
en el Capítulo LXII del Segundo Libro de
su Historia Natural con las siguientes pala-
bras: *et in Lacu Velino nullo non die appa-
rere arcus*. Casi veinte siglos después, Lord
Byron en el Childe Harold eleva un himno
a la cascada y al arco iris que ella forma,
himno cuyos últimos versos, traducidos en
mala prosa, dicen: "Miradla! Ella viene co-
mo una eternidad que todo abate en su
curso, fascinando de terror la mirada, cata-

"rata sin par! Empero, de lado a lado, so-
bre el borde del abismo, está sentada Iris
entre el vórtice infernal como la esperanza
sobre el lecho de muerte; y mientras todo
alrededor es desgarrado por la furia de las
aguas, Iris conserva serena sus brillantes
colores con sus no cortadas franjas, seme-
jante, entre la tormentosa escena, al Amor
que vigila a la Locura."

Compárese la descripción sintética, la de
un sabio, que hace Plinio con la descripción
poética de Lord Byron. Casi dos mil años
separan a ambos; qué hermoso es — dice
Anton Giulio Barrili — a la distancia de casi
dos mil años haber contemplado todos el
mismo espectáculo!

La humanidad pasa, los arcos de piedra
y de hierro se derrumban ante el embate
de los siglos; pero ese arco iris luminoso
"de no cortadas franjas", ese conjunto leve
e impalpable, fruto de los amores del sol
con las gotas de agua, ese emblema mila-
nario de amor y de paz que apareció en el
mismo corazón de Italia cuando Curio Den-
tato rompió la montaña para dar paso al
agua, durará mientras duren el sol y el
agua.

Ing. Enrique CHIANCONE

(Especial para EL DIA)



Antiteatro de Verona.

LOS ESCULTORES DEL PALACIO VICENTE MORELLI — MO



Vicente Morelli — "La Escultura", fotografiada en el frente Norte; idéntica cariátide se encuentra también en el frente Este. La presencia del atuendo clásico griego es la exteriorización de aquel sutil hilo que une a este artista a la escuela partenopea vivificada por la luz del Mediterráneo y su lejana sangre helénica.

CUANDO Moretti restructuró el Salón de los Pasos Perdidos del Palacio Legislativo, el techado del mismo lo resolvió con bóveda de cañón corrido, la que se interrumpe en el crucero; aquí, sobre los arcos torales, levantó cuatro muros iguales,

creando así — en un reemplazo moderno — la linterna que corona el edificio. Los ángulos los reforzó con grandes y poderosos pilares y en los paramentos abrió altos vanos separados por cariátides. La vieja persistente linterna de las basílicas de oriente



Uno de los coronamientos de los poderosos pilares de ángulo de la linterna. Lo decoran y digno de destacarse es la acabada artesanía que labró en el mármol estos y

— que muy tempranamente pasara a occidente — aparecía aquí vigorosa y sabiamente incorporada a la fábrica del Palacio.

Para la ejecución de las veinticuatro cariátides que exigía la composición de Moretti, se llamó a concurso, entre los escultores residentes en el país, en el año 1920, eligiéndose diez modelos a los que se agregaron los dos que, para pauta, había hecho hacer Moretti en Italia por el escultor Pedro Lingeri; como cada modelo fue vertido al mármol dos veces, se logró así las veinticuatro cariátides.

Es nuestro deseo presentar a los lectores de este Suplemento cada una de aquellas cariátides con una breve biografía del escultor que las realizara. Muchas de las biografías, lamentablemente, no serán todo lo completas que habría querido que ellas fuesen, dado lo magro de los datos que hemos podido recoger. Apelamos a la buena voluntad del lector avisado para llenar esas lagunas cuyos datos serán siempre recibidos con vivo agradecimiento.

VICENTE MORELLI. — Este escultor está representado en la linterna del Pala-

cio por la cariátide que simboliza "la escultura". En el lado Norte es la que se encuentra junto al pilar que queda a la izquierda del observador; en el frente Este ocupa la misma posición.

Vicente Morelli, italiano de nacimiento, vino muy joven al Uruguay acompañando a su padre el escultor Félix Morelli (1857-1922). Este último artista tiene en la historia del arte de nuestro país mucha significación, pues fue excelente maestro de muchos escultores nuestros, habiendo dejado un hondo surco con su enseñanza que constituyó, para muchos, la base en que apoyar el vuelo de la fantasía creadora. De esta escuela procede su hijo Vicente, de quien Guido Guida escribiera en la "Revista Latina" editada en Roma: "De su padre escultor, aprendió los primeros elementos del arte, de su padre heredó el amor por las cosas buenas y bellas, la rectitud que para los hombres es la verdadera nobleza. Vio y amó en la bella tierra lejana, aquello que formaba y formará, a lo largo de los siglos, el patrimonio más bello de una gran raza civilizada: la humanidad. Y comprendió que no existe vínculo más santo que el de la

LEGISLATIVO MIGUEL FRAU

riencia de una vocación madurada en lejanos climas propicios. Será su nueva obra, en medio del estéril monótono campo de la escultura actual, una diáfana humana luz que colmará los legítimos sueños de muchos.

*

MIGUEL FRAU (28 de marzo de 1877 - 4 de julio de 1947). — Muy poco es lo que conocemos de la vida de este escultor español, llegado tempranamente a nuestros playas, a quien las vicisitudes de una vida difícil esterilizaron casi por completo sus nobles dotes de artista sensible.

Nació Miguel Frau en Palma de Mallorca — tierra atada a las experiencias de algunos artistas nuestros como Pedro Blanes Vial y Carlos A. Castellanos — desde donde pasara a Barcelona llevado por su vocación de escultor. En esta ciudad debió ingresar en alguna de las buenas escuelas donde la enseñanza de las Bellas Artes tenía grandes grupos de excelentes profesores.

Su temperamento sensible, su juventud, el medio en que actuaba, hubo de llevarlo a sentirse hermanado con aquellas causas que sentía más afines con sus sueños de felicidad humana y de justicia social. Fue tal vez consecuencia de estos entusiasmos juveniles que él debiera dejar — tenía entonces diecinueve años — la ciudad de Barcelona después de los sucesos de la Semana Trágica de 1906.

De España, y posiblemente después de una estadía en Francia, vino al Uruguay. Aquí, en Montevideo, formó familia y hubo, contra sus sueños de artista sensible, de poner sus conocimientos de escultor — adquiridos con tanta ilusión en Barcelona — en las industrias de la decoración en yeso.

Este duro bregar por las exigencias económicas de la vida, impidieron que nos dejara más muestras de su talento de artista, del que lamentablemente sólo conocemos la cariátide del Palacio Legislativo y un boceto que pertenece a los estudios que hiciera para un proyecto de monumento a Cervantes. Según tradición familiar, tal proyecto fue enviado a un concurso internacional realizado en Francia para levantar un monumento al autor de Don Quijote. Ignoramos las circunstancias de tal concurso y la suerte que tuvo el proyecto de Frau.

La cariátide que realizara para la linterna del Palacio representa "la física", simbolizada en una figura de mujer de ceñido modelado y donde lo sólido del torso nos trae el recuerdo de los desnudos de Maillol. ¿Conoció Frau la obra de este escultor en su pasaje por Francia?

La escultura de Frau, en el frente Norte, es la tercera cariátide comenzando a contar desde la derecha del observador; en el frente Oeste, ocupa la misma posición.

Valgan estas breves notas para que el lector vuelva sus ojos con curiosidad hacia la linterna que corona el Palacio Legislativo y busque entre sus esculturas un nombre y descubra tras él la esperanza, la ilusión y el drama que hay siempre en toda vida que ha sido tocada con el alto don de las artes.

Luis BAUSERO

Fotografías Caruso.

(Especial para EL DIA)



Miguel Frau — Boceto perteneciente a los estudios que realizara este escultor para un proyecto de monumento a Cervantes. Altura: 37 centímetros.



Miguel Frau — "La Física", cariátide del frente Norte de la linterna del Palacio Legislativo. El mismo motivo se encuentra repetido en el frente Oeste. Sólida interpretación que nos hace lamentar la ausencia de otras obras de este escultor.

alas, coronas y proas de naves.
ornamentos ornamentales.

da alas a la belleza y la hace

de todas las dimensiones pasa-
la escuela del estudio paterno y
experiencias, porque en cada
existen partículas útiles a la for-
la personalidad de quien sepa
humildemente en sus conocien-

Morelli no ha dado toda la obra
esperar de su talento, ya que
diplomática lo mantuvo alejado
de la escultura; no obstante
ante su estadía de más de un cuarto
en Roma, encontró tiempo para
su talento de artista de ceñidas
líneas. La obra más importante de Mo-
sus retratos de ilustres políticos
y del Uruguay. En el primer
nacional de Bellas Artes — año
obtuvo el primer premio de escul-
su talla en mármol "Madonna" que
figurado — su admisión significó
— en la Bienal de Venecia.
nuevo radicado entre nosotros,
la esperanza de ver en frutos
y vigorosa escultura la larga expe-

LA IMPORTANCIA DE LA COMA

¡Oh, admirable coma! ¡Maravillosa coma!
¡Genio de la justicia! ¡Oráculo de la ley!
¡Monstruo de jurisprudencia!

CRISPIN. "Intereses creados".
JACINTO BENAVENTE

Las escrituras primitivas no conocieron los signos de puntuación. El latín clásico no usaba otro signo distintivo que el punto. En lengua española, hacia 1492, aparecen en la Gramática de Nebrija el punto para expresar oración terminada y los dos puntos para indicar las pausas en los períodos; este signo fue precursor de la coma.

En los antiguos, la puntuación era rudimentaria. Sólo admitían tres categorías de pausas: la perfecta, la media pausa y la pequeña pausa, que indicaban por medio del punto; de aquí el nombre de "puntuación" que las gramáticas estudian en su parte ortográfica. Colocado el punto en la parte alta de la letra, indicaba la pausa perfecta; colocado en la mitad de su altura expresaba la media pausa (el punto y coma actual), y colocado en la parte baja significaba la pequeña pausa (la coma de nuestros días).

Nuestra puntuación data apenas de tres siglos. A principios de la centuria XVI, se fijaron con usos bien definidos, la coma, el punto, los dos puntos y el signo de interrogación. Avanzando los años (1560) se agregan las comillas y la raya. En el siglo XVII se introdujeron el párrafo, o sea el punto y aparte, el punto y coma, el signo exclamativo y el paréntesis. En el siglo XVIII, los puntos suspensivos. Finalmente, en el siglo pasado, se estableció el uso del guión y los corchetes.

Circunscribámonos al uso de la coma, que desde sus orígenes ha tenido sus defensores y detractores. Así, Teresa de Avila desdenaba de tal manera este signo, que cuando su confesor le reprocha ese desprecio, contesta: "Las comas póngalas en mis escritos quien quisiese, donde quisiere". Peligrosa opinión, pues la insignificante coma puede hacer variar fundamentalmente el sentido de lo escrito, según el llevado y traído ejemplo: "Quien canta, sus penas espanta" y "Quien canta sus penas, espanta". Conveniamos en que la distinta colocación de la coma nos ofrece dos conceptos bien distintos.

El autor de "Las flores del mal" respetaba tan hondamente esta virgulilla, que le decía simplemente a su editor: "Si es necesario, suprima Ud. de mi libro todo un poema; pero no toque las comas, pues tienen una digna razón de ser". A la inversa, el novelista de "La isla de los pingüinos" decía de la coma: "Este signo bastardo me produce náuseas". Con repugnancia o sin ella, lo cierto es que en los libros de Anatole France la coma aparece minuciosamente aplicada. ¿Vigilante atención de algún escrupuloso secretario?

Poco antes de la segunda guerra mundial, Mme. Renée Dunan fundó en París una academia para la defensa de la coma. Y como siempre que se presenta "el pro", se da "el contra", un grupo de jóvenes escritores franceses constituyen un club con el propósito de combatir este signo de puntuación. Ignoramos la suerte que le cupo a esta institución. Lo cierto es que la coma permanece en su posición secular, impertinente, desafiando todos los embates, orgullosa de su responsabilidad idiomática, asentada en el principio de que ninguna lengua culta ha prescindido de ella.

Un anecdotario de este signo de puntuación daría para un volumen tan denso como interesante. Esa mínima grafía que es la coma ha provocado situaciones trascendentales. Hace algunos años, en el proceso político incoado a un ex presidente argentino, se suscitó en el Congreso Nacional un extenso y acalorado debate acerca de la interpretación del siguiente artículo constitucional: "Su poder se limitará en tal caso, respecto de las personas, a arrestarlas o trasladarlas de un punto a otro de la Nación, si ellas no prefieren salir fuera del territorio argentino". La polémica giró en torno de un doble sentido que surgía según se hiciera pausa o no, después de la palabra "arrestarlas". El destino del enjuiciado dependía de una coma. Hubo que consultar el texto original de la Constitución, en el Archivo General. Si en él figuraba una coma después del vocablo citado, la suerte del procesado hubiera sido adversa. Por fortuna, en el original no estaba la temida virgulilla.

Otros ejemplos no revisten tanta gravedad: resultan jocosos. Un diario tuvo que sostener un pleito con uno de sus anunciantes, en virtud de haber omitido una coma en la redacción de un aviso. Sea por descuido del linotipista, ya por la mala fe del corrector, o por otra causa, la coma que va entre paréntesis en el texto contiguo no figuraba en él, lo que trocaba radical y chistosamente el sentido. He aquí el anuncio: "Me hallo completamente curado, después de haber estado a punto de morir (.) por haber tomado dos frascos del específico X". ¡Atiza, con la falta de la cosa!

Es de "Los intereses creados" el siguiente diálogo, muy ilustrativo sobre el valor de la coma:

CRISPIN — Y ahora, Doctor, ese proceso, ¿habrá tierra bastante en el mundo para echarle encima?

DOCTOR — Mi previsión se anticipa a todo. Bastará con puntuar delicadamente algún concepto... Ved aquí; donde dice... "Y resultando que si no declaró...". Basta una coma y dice: "Y resultando que si, no declaró...". Y aquí... "Y resultando que no, debe condenarsele...". Fuera la coma, y dice: "Resultando que no debe condenarsele...".

Es a esta altura del diálogo, cuando Crispin prorrumpie las palabras que aparecen en el epígrafe de este trabajo.

En último análisis, el uso de la coma, así como el de los demás signos de puntuación, es asunto de sicología del estilo. Azorín, por ejemplo, aprieta su prosa, como temeroso de que se le escape al espacio. Usa poco las comas; prefiere la oración breve con punto final. Ramón Pérez de Ayala se expande en giros y períodos con abundancia de la coma y del punto y coma. Los Luises presentan idénticos caracteres. El de León ciñe sus ideas en sintéticas expresiones, con criterio de alquimista concentrador. El de Granada parece regodearse en extender sus cláusulas a los cuatro vientos, dilatando el vuelo de las ideas.

Como signo de pausa, la coma goza en los tiempos modernos de absoluta libertad. Cada quisque, desde su punto de vista, la emplea a su arbitrio. Claro está, fuera de los cinco usos ineludibles que registra cualquier texto de gramática.



En la primera gramática castellana (Nebrija, 1492) no se menciona la coma ni otros signos actuales de puntuación. (Nebrija. Gramático impreso en 1550).

Para quienes quitan importancia a la coma, así como a los restantes signos de puntuación, recordamos la siguiente anécdota atribuida a Sarmiento.

Inspeccionando una escuela, advierte el gran sanjuanino que una maestra no daba importancia a la manera cómo puntuaban sus discípulos. Hace notar el hecho, y se encuentra frente a una educadora que no concede entidad a rayitas de más o de menos. Sarmiento, que demostraba que el movimiento se comprueba andando, dice a la maestra: "Escriba Ud. la siguiente frase sin ninguna puntuación: La maestra dice el niño es un animal".

"Ahora, puntée Ud. de las siguientes maneras, y excoja la expresión que le plazca: La maestra, dice el niño, es un animal. La maestra dice: el niño es un animal."

La educadora quedó convencida hasta el resto de su vida, de la importancia de la coma.

Alberto RUSCONI

(Especial para EL DIA)



LORD NELSON CONTEMPLA LONDRES

¿DONDE está el centro de Londres — el corazón, por así llamarlo — en torno al cual gira la vida de la ciudad? ¿Acaso se halla en Piccadilly Circus, la Catedral de San Pablo, o Charing Cross y Trafalgar Square?

Ciertamente, el más vivo de los recuerdos que consigo se llevan innumerables viajeros es el de Trafalgar Square, con sus plateadas fuentes, sus bien cebadas palomas y, dominándolo todo, la columna de 56 metros de altura que sostiene la estatua de Lord Nelson de Trafalgar.

Tuerto, manco, con sombrero de tres picos y un sable que apenas si habría podido levantar, el pequeño Almirante se yergue sobre Whitehall, mirando por encima de los edificios del Parlamento de Westminster, hacia el sur, el mar, la lejana España y la Bahía de Trafalgar.

Aun cuando la batalla naval de Trafalgar tuvo lugar en días tan remotos como los de 1805, el recuerdo de Horatio, Lord Nelson, quien la ganó, perdura en la mente del pueblo británico. Nelson, como tantos otros, antes y después que él, salvó a su país de la invasión, y al hacerlo perdió la vida. El monumento de Trafalgar Square, si bien sea el mayor, no es más que uno de tantos como el país erigió a su memoria.

SE TARDO MUCHO EN CONSTRUIRLO

Lo extraño es que se tardase tanto en levantar el monumento. Seis meses después de la batalla de Trafalgar se abrió una suscripción pública a ese fin. Pero la obra no se terminó hasta 1840. Costó £ 50.000, de las que £ 20.000 fueron recaudadas mediante suscripción pública; y las restantes, votadas por el Parlamento.

La estatua tiene 5.18 metros de altura. Los cuatro bajorrelieves existentes al pie de la columna, fundida con los cañones tomados a los franceses representan diversos

incidentes acaecidos en las cuatro grandes batallas de Nelson: San Vicente, el Nilo, Copenhague y Trafalgar. En el panel situado a occidente, el que representa la batalla del Cabo San Vicente (1797), se ve a Nelson con dos brazos; el derecho lo perdió unos meses después, a consecuencias de heridas sufridas en una escaramuza frente a Tenerife.

Aparte del Almirante, el orgullo de Trafalgar Square son los cuatro enormes leones agazapados en las esquinas al pie de la columna. Son obra de sir Edwin Landseer, un notable pintor y escultor de animales, que nació y murió en el siglo XIX (dicho sea de paso, fue el artista predilecto de la Reina Victoria) cuyas obras, tras de un eclipse de muchos años, se han puesto en boga de suerte que la Real Academia ha organizado una exposición.

ORADORES CALLEJEROS

No fue sino hasta el año 1867 que los leones fueron colocados al pie de la columna. Un periódico de la época informó, el 1º de febrero de 1867, que durante la ceremonia inaugural el público permanecía de puntillas a fin de averiguar qué es lo que ocultaban los lienzos que los cubrían.

Hoy día, la base del monumento es utilizada como tribuna por los oradores callejeros. Los espectadores a quienes no les interesa escucharlos suelen comprar pequeñas bolsas de grano y alimentar a las cebadas e inquietas palomas que revolotean en la plaza. O también pueden levantar la vista hacia el inexistente ojo del Almirante: el mismo al que, según se afirma, en cierta ocasión llevó su catalejo, cuando de la nave caritana se le ordenó la retirada que pudo haberle costado la victoria.

S. P.

(Exclusivo para EL DIA)



poeta Bolognese comunica a Verdi la noticia de la censura borbónica por "Un Ballo in Maschera".

COMO el Ave Fenix de las cenizas, así el reinado nacido en la amargura y en la desolación en los campos de Novara, iba a precipitar para Italia años de difíciles pruebas pero también de naciente prosperidad. En esos momentos que Verdi deja la patria y volviendo a su patria adquiere la villa de Sant'Agata que desde entonces iba a ser el día de su muerte será su residencia predilecta, solariego refugio, verdadero oasis de paz para quien decía continuamente: "Yo soy un contadino tagliato alla buona". Allí en un enorme parque, bajo el cielo azul y los árboles, nacerán casi todas las obras posteriores del maestro. "Luisa Miller", el primer producto de esa campesina melodía, mucho más pulida y poética que sus anteriores obras, obtiene un éxito clamoroso. Pero ella sigue, en el año 1850, "Stiffelio", su mala suerte adversa que corrió se debió en gran medida a la censura borbónica; la censura extralimitó sus derechos y el resultado fue una ópera terriblemente mutilada. El último acto había sido suprimido en su totalidad; ello hizo que su autor abandonara la obra y sólo retomará, años después, algunos fragmentos de la partitura para un nuevo libreto.

El gabinete de D'Azeglio bajo sus propias palabras de "Volveremos a empezar y lo haremos mejor", se esforzaba por la reestructuración del reino. A pesar de ello, la libertad artística era completamente vedada y para el maestro de Sant'Agata comienzan de nuevo los inconvenientes ante el estreno de su próxima obra. Y la conocida hoy como "Rigoletto" tuvo que pasar por cantidad de imprevistos antes de su estreno en el teatro La Fenice el 11 de marzo de 1851. El libreto escrito por Piave sobre "Le roi s'amuse" de Victor Hugo y al que se le había dado como nombre "La Maledizione", fue considerado por la autoridad austríaca como una afrenta a sí misma y dio parte al Director Central de Policía, para que hiciera efectiva la prohibición. Martello, que así se llamaba ese director, y que además era italiano, era vez como en el caso del estreno de "Lombardi", buscó el modo de solucionar el conflicto. Dejando intacta la acción, se cambió el título, el nombre a los personajes y el lugar. Es verdad que luego y en posterior arreglo se llamó "Viscardello", pero se volvió a su segundo nombre y como "Rigoletto" pasó a la posteridad. Verdi, al ver todo tan amablemente solucionado, le escribe entonces a Piave, diciéndole: "Si yo consigo escribir una ópera susceptible de cubrirme de honores, diremos a la posteridad que hemos tomado como colaborador a un comisario del policía...". Y

composición de "Las Vísperas". Verdi fue nombrado por el gobierno del Segundo Imperio, Oficial de la Legión de Honor. En su representación italiana, ese mismo año pero durante el mes de diciembre, intervino nuevamente la censura y hubo de cambiarse su nombre por el de "Giovanna de Guzmán".

1859 encuentra a la península saturada del clima bélico que se venía preparando a través de Crimea, del Congreso de París y de la entrevista de Plombières. En esos momentos tan críticos, el absolutismo austríaco quiere detener por medio de la censura lo que ya no tiene contención: la idea de libertad.

Cuando Verdi desembarca en Nápoles, poco después del atentado de Orsini, para dar comienzo a los ensayos de la nueva ópera que escribiera para el "San Carlos" de esa ciudad, se le recibe con la noticia que las autoridades, considerando al músico revolucionario, le han negado la autorización para dicho estreno. Se advierte que era un ejemplo peligroso para el público del Napolitano asistir a una obra donde un rey muere asesinado por conspiradores.

El Intendente de los Teatros Reales invitó a su autor a modificar "Un Ballo in Maschera". Pero Verdi se mantuvo inexorable y no accedió a cambiar ni una letra ni una nota de su nueva ópera. En esto el pueblo napolitano dio una manifestación de fuerza patriótica y se puso enteramente y de manera pública de parte del maestro.

La adhesión al músico llegó a tal punto que no podía salir del hotel donde se hospedaba sin que una multitud reunida en su puerta lo aclamara estruendosamente y sin que los ¡Viva Verdi! se oyeran por todos lados. Las ovaciones iban en aumento con peligro de traer para Verdi complicaciones más serias con las autoridades napolitanas, cuando recibe la visita del director del teatro "Apolo" de Roma. El famoso empresario Jacovacci llega hasta el músico para decirle: "Maestro, lo que no puede representarse en Nápoles, me encargo yo de darlo

Luego que se aquietaron un poco las agitaciones por el estreno de su nueva obra, el maestro le escribe a su fiel amigo de siempre, la condesa Maffei, lo siguiente: "Desde Nabucco a la fecha, no he tenido, puedo afirmarlo, una hora de tranquilidad. ¡Dieciséis años de galera!".

Las famosas palabras con que Víctor Manuel inaugura las sesiones parlamentarias el 10 de enero de 1859: "Non siamo insensibili al GRIDO DI DOLORE che da tante parti d'Italia si leva verso di noi", trajeron como consecuencia, en unión a la impaciencia de Francisco José, la incitación para el surgimiento del "Casus belli" tan esperado por Cavour.

Habiéndose declarado la guerra el 23 de abril, el patriota y el luchador que hay en Verdi sufre al no poder, por razones de salud, intervenir activamente en la lucha por la independencia de su patria. Es entonces que inicia luego de Magenta y Solferino, una gran suscripción pública para los heridos y sus familias. Ese llamado, al que acudió todo el país, lo expuso incluso a delicadas consecuencias posteriores con las autoridades austríacas, que aún quedarían en la península, luego del armisticio de Villafranca.

La huida de los delegados papales de las Romanas apenas iniciada la guerra contra Austria, vino a favorecer la revolución de la Italia central y su anexión al Piamonte. Apenas firmada la paz, los gobiernos expresan el deseo de estar bajo los dominios de Víctor Manuel. El 15 de setiembre le fue presentada al Rey un acta con la resolución de las Asambleas de los Ducados de Parma y de Módena. La comisión del primero de los nombrados era presidida por el conde de San Vitali y en la misma figuraba José Verdi como integrante. De este modo y casi a su pesar, vemos cómo la actividad política del músico de Roncole, que hasta ahora se desenvolvía casi en el anonimato, comienza a oficializarse.

Muy poco después es elegido diputado por el distrito de Busseto, siendo recibido por la población de Turín y por el propio Rey con grandes honores. Pero, como ya hemos dicho, la intervención activa en política no era del agrado del maestro y así se lo comunica al conde Cavour en una entrevista, a lo que el sagaz Primer Ministro le responde: "Ya se que no le gusta a usted la política, ni aspiro a retenerlo en ella; pero quisiera ver reunidos en nuestro primer Parlamento nacional a todos los hombres que en Italia se han creado un nombre sin más auxilio que su inteligencia, en las artes, en las letras o en las ciencias. Por eso deseo vivamente que forme usted parte de él".

De una cruenta guerra se había pasado a la aurora de la Unidad y mientras Verdi era reconocido por su pueblo y por toda Europa como un músico en la plenitud artística, Italia iba decidida a ser también, y en poco tiempo, una nación merecedora, por la integridad de su pueblo y por el tesón de sus grandes hombres, en un país con madurez política, económica y social.

Susana SALGADO GOMEZ
(Especial para EL DIA)

VERDI Y LA UNIDAD ITALIANA

MADUREZ DE UN GENIO Y AURORA DE UNA NACION

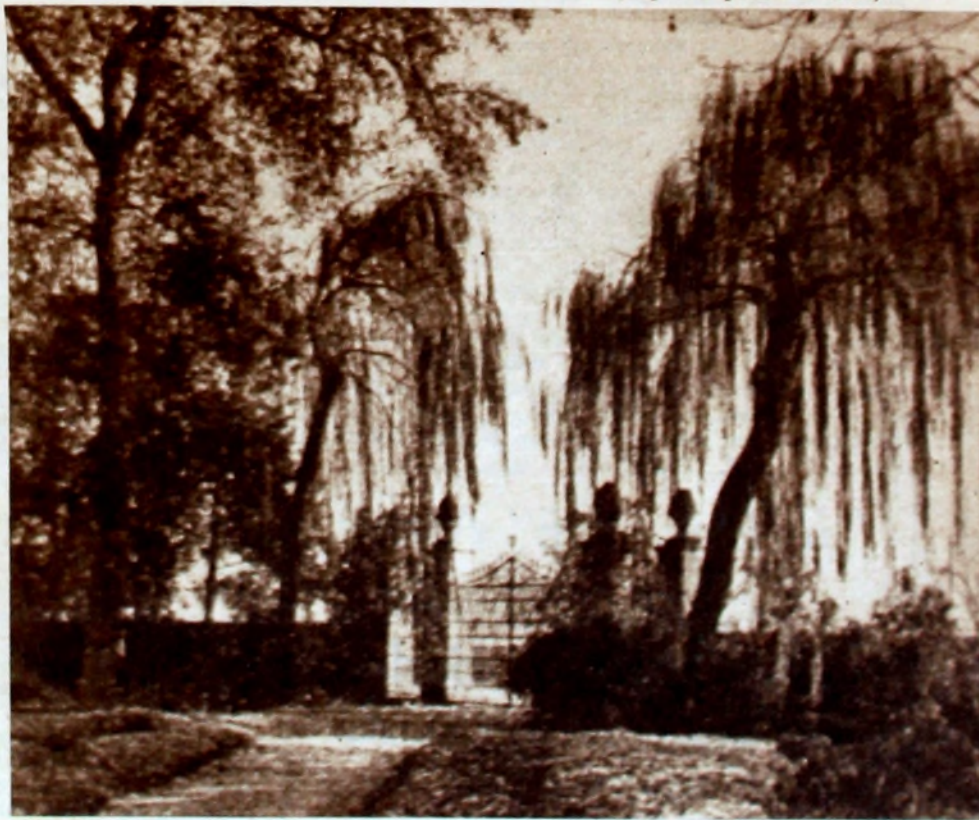
efectivamente, el triunfo fue total y es al barítono Varesi (primer Rigoletto) a quien su autor le manifiesta luego del estreno: "Me siento contento de mí y creo que nunca haré nada que sea mejor".

El año 1852 pasará a ser memorable en la historia de la península, por ser el momento en que como Primer Ministro asciendo al poder el cerebro director y la mano firme que ha de encaminar la obra de la unificación hacia un noble y glorioso fin. Y el conde Cavour, tanto en el orden político como económico, dará un inusitado impulso, desde ahora hasta su temprana muerte, nueve años más tarde.

En esos momentos de creciente prosperidad, Verdi estrena en los primeros días de 1853 y en el "Apolo" de Roma, "Il Trovatore". Varios fragmentos de esta obra adquieren pronto gran popularidad, especialmente la famosa aria del tercer acto "Di quella pira...". Se cuenta que durante la guerra del 59, al enterarse el conde Cavour que los austríacos habían pasado el Ticino retirándose del Piamonte, abre con energía las ventanas de su despacho y comienza a cantar a toda voz y en un desborde de emoción, la señalada cabaletta de Manrico.

El gobierno de Napoleón III, en preparativos para la gran Exposición Universal que a partir del 15 de mayo de 1855 se inauguraría en París, no escatima esfuerzos y le encarga a Verdi una ópera para ser estrenada en el curso de la misma. Desde un primer momento se pensó que el libreto de "I vespri siciliani" no era lo más adecuado para una exposición de carácter pacifista y más aún en el momento en que tropas italianas y francesas combatían aliadas en Crimea. Efectivamente, el recuerdo de las terribles matanzas donde la sangre francesa corría por las calles y los hogares de Sicilia, era bastante peligroso, pero Verdi quiso hacer, por encima de todo, una obra musical y totalmente desligada de toda alusión política o patriótica. Así lo entendió el pueblo francés que en su estreno el 15 de junio en la "Opéra" y en las sucesivas cincuenta representaciones que siguieron, ovacionó a su autor y al rey Víctor Manuel II. La opinión de los críticos franceses fue inmejorable, especialmente la de Héctor Berlioz en "Le journal des débats". Por la

en Roma". Verdi dudó, en un primer instante que tal empresa pudiera llevarse a cabo, pero a pesar de la censura papal, mucho menos rígida que la napolitana, "Un Ballo in Maschera" pudo estrenarse en el "Apolo" el 17 de febrero de 1859. El éxito de obra y autor fue total y por todos lados las inscripciones de ¡Viva V.E.R.D.I., adquirían un doble significado. No sólo se vitoreaba al noble músico y patriota, sino al libertador Rey del Piamonte (Viva Vittorio Emanuele Re D'Italia). Desde esos momentos, tal acróstico fue un símbolo popular, especie de santo y seña para quienes trabajaban afanosamente por ver a su patria libre y unida.



Aspecto del parque de Sant'Agata.

LOS FLORILEGIOS: EL DE LA FELICIDAD

ESTABA por finalizar el otro siglo cuando Lubbock, en Inglaterra, se refería al trabajo de un erudito unido 288 opiniones de grandes filósofos sobre la felicidad, cosa para nosotros inefable, que consigna así la Academia en su diccionario: "Contento o satisfacción".

Con definición tan parca, parecemos absurdo el debate a que se entregan los espíritus discursivos — y discutidores — sobre si existe o no existe la felicidad. Vosotros os sentís contentos, es de decir, llenos — que eso es contento en griego —, en este preciso instante. Si, Y, ¿quién puede negar sensatamente vuestra felicidad?... ¿Que es momentánea?... ¿Que no es permanente?... Perenne no hay nada. El mayor atractivo de la vida es lo que tiene de cambiante. Lo decía con acento paradójico Goethe: "Todo se soporta en la vida, menos muchos días seguidos de felicidad". Una prueba: lo pronto que empiezan a pelear los recién casados. Aun los unidos o mayor atracción y con superabundancia de medios.

La senda "ancha, lisa, recta y despejada", tal como la señaló Rodó, el camino que da ventura, existe, ¿qué duda cabe? Pero, y también lo dijo el maestro: antes de llegar hasta él, hácese necesario andar por sendas ásperas y tortuosas. Porque "se puede sufrir sin haber gozado, pero no se puede gozar sin haber sufrido", como nos prevenía aquí Mira y López. De esto proviene la desconformidad de los jóvenes, desarmados, inexpertos, andando por campos áridos. Y la complacencia de los seres maduros que, a fuerza de trabajo, han sabido ascender con sus espíritus a la aplanada y riente senda rodoniada, todo amabilidad y lisura. Para levantarse hay que caer. Para saber lo que es el gozo, hace falta conocer el dolor. La felicidad surgirá siempre, más corta o más sostenida, por contraste.

Es feliz el que se propone serlo. Lo leímos en Lincoln: "Serás todo lo feliz que te lo consienta tu mente". Mejor sería decir el espíritu, con sus componentes: sensibilidad, voluntad, imaginación. Esto se lo debemos a Schopenhauer: "Tanto es para la felicidad lo que uno tiene dentro, en sí mismo, que muchos que sufrían por la penuria han seguido sintiéndose tan desdichados con el dinero como cuando carecían de él".

No se interprete mal la cita en estos tiempos de grosera apetencia material. Schopenhauer no creía que la fortuna, el oro, hiciera la dicha. El creía que, por sobre todos los bienes, estaba la salud, con lo que dejó senta-

do: "Es más feliz un mendigo sano que un rey enfermo".

Claro que se requiere un mínimo de sustentación, que no se vea aquello de que entre la miseria por la puerta y se vaya todo el sosiego por la ventana. Sin miseria, limpios de cuerpo y de alma, estamos en condiciones de aspirar a la dicha. Pero conengamos con Klatzkin en que "la felicidad es una facultad afín al talento artístico, que extrae consuelos de desgracias, que lo hostil lo hace deseable y que la fealdad la convierte en belleza". Todo, fruto exclusivo de: razonar hábil, que en vez de deprimir, exalta, que en vez de derribar tapias, levanta castillos. "La redención por el ideal, por la pureza del corazón, por la fuerza de la vida interior, por la liberación, con el ensueño, de todo eso chico, borroso, fatigoso y mezquino que llamamos realidad", para decirlo con expresión de aquel genio de las expresiones, de los sentimientos y de la elocuencia que era Shakespeare.

—De todo hago yo poesía —era frase que se le oyó mucho a Emerson, el que agregaba: menos del sentimiento moral. El sentido moral hace poesía de mí.

¡Cuán bello! "La moralidad está por encima de todo: de la ciencia, del arte, de los ritos religiosos", y esto ya es de un talento más moderno, de Alexis Carrel. Se dice que el hombre feliz no tenía camisa. Es bien posible. Pero tendría moral. Y la felicidad no habría de provenirle al sujeto por la falta de ropa, cosa sensible, sino por la posesión del sentido moral, que es lo ponderable. Sin duda, mucho dinero es complicación. Por algo expresaba Séneca: "Buscar la libertad y despreñar la fortuna es un bien inestimable: la tranquilidad del ánimo, que se coloca en lugar seguro". Reflexionemos: tranquilidad no es felicidad. Pero resulta el cimiento. Y desde luego, la tranquilidad puede ser duradera. De Séneca es también esto que viene al caso: "Nunca será feliz ese a quien desagrada comprobar que otro es más feliz que él".

Uno de los requisitos indispensables para adquirir la ventura, es la extirpación de la envidia. Hay que arrancarla de la mente como se arrancaría un cuchillo que se nos clavara en el pecho. Montesquieu hace una reflexión donosa: "Todos podríamos ser felices si no quisiéramos ser más felices que los que creemos que son felices y que son mucho menos felices de lo que creemos".

Vivir es un arte, y nunca es más arte que cuando el sujeto elabora su dicha al modo de Paul Valéry: "He

construido una isla interior. Y paso mi tiempo, reconociéndola y fortificándola".

¡Bah, cosas de poetas! sonreirán muchos. Pero es que todos hemos de ser poetas de nuestra propia exis-

una desgracia no ser un hombre completo; y no es completo el hombre en quien no queda nada del niño que fue", reflexionaba aquel excelente profesor de sicología que fue Emile Faguet.

siste en tener todo lo que se deseó, sino en no desear nada de aquello que nos negó el Destino".

El que nada desea ya lo tiene todo. "El ser rico o depende de tí, pero si el ser

veinte años, se arrugama".

Dichoso será quien Marco Aurelio que en afirmaciones de este "El culto para ser feliz un constante ejercicio alejarse de toda pasión toda vanidad y de toda impaciencia".

Las satisfacciones nos llegan siempre por buen obrar. Es alto de la vida la alegría que vade al hombre de conciencia cada vez que pro bien. Porque ya fue por Zimmermann: "La felicidad es la paz alma, dicha fácil si nos damos la ambición, viéndonos a los decretos Destino". Berd Kricom completa bien el pensamiento: "Si el hombre supiera vir debidamente la vida la tierra, podría llegar a pensar que estaba en el cielo. Porque es él, con su actividad en la tierra, quien hace diferencia". Plutarco una regla defensiva eficaz: "Para tu mejor satisfacción y buen ánimo —jo—, de tanto en tanto considera los bienes que pudiste perder y aun conservar; la salud que le falta a otro piensa en los que carecen amigos y en los desventurados que no consiguieron los tomara en cuenta nadie".

Con actos dignos y con salud, (es decir, sin malestares físicos), en un día de sol en una noche plateada, en soñadora y lírica, invade el gozo de vivir, o sea la alegría. Más vivificante si se logra el mecanismo mágicamente saludable de la risa.

Hay que defender el alma como, tratándose del bien de todos, se defiende la patria. A veces son los que más quieren —sin darse cuenta, por su ignorancia o morbosidad— los que más amargan. Y hay que defenderse de estos enfermos anímicos como nos defendemos de los que llevan peste en el cuerpo. "La paz de una familia depende de los componentes y la paz de un hombre exclusivamente de él", nos recordaba ya Lubbock. Hay que dejar pasar todos los días muchas cosas, aunque esto nos exija esfuerzo volitivo, que tal nos los apuntó Valéry, "nada es más raro en la vida que dejar de darle importancia a cosas que no tienen importancia".

"He aquí una virtud: ser feliz", es la absoluta de Boetio. Acóplese lo de Epicteto: "El ser rico no depende de tí, pero si el ser dichoso". Como un sol mental resplandecerá ahora Aristóteles: "El hombre feliz por excelencia es aquel que, con los bienes necesarios para ser libre, ha encontrado el medio de hacer bellos actos y sabe vivir con moderación, sinónimo de sabiduría".

¿No estará contenida en esta frase, en esta sola frase, toda la ciencia del arte de ser dichoso?...

Vicente A. SALAVERRI.
(Especial para EL DIA).



tencia, idealizando todo aquello que los otros, siempre poniendo trabas, nos dejen realizar. Se ha de cuidar la imaginación como lo que es la parte más alada de la inteligencia. Y como alada, capaz de vencer distancias más raudamente que el aeroplano, conduciéndonos a para-jes de ensueño o precipitándonos en el abismo de la angustia y la desesperación. Bien conducida, la imaginación nos da más tesoros que la fortuna. El sabio chino Tao, gozaba horas enteras la música de un instrumento de cuerdas... al que le faltaban las cuerdas. Pero, con la imaginación, Tao lograba para él toda clase de sonos armoniosos.

Para la felicidad se requiere rumbo y debe ser puesta la mirada en cosas fáciles de lograr. En lo cercano y asequible, como diría Séneca. Que no pase tampoco lo que registraba Santayana: "Aquí en Nueva York, todos obtienen muchas cosas pero nadie sabe lo que quiere o lo que vale la pena querer".

El valor, la generosidad (es generosidad ya, volcar sobre otros, buenos sentimientos), la sencillez y, lo más difícil de lograr, el sentido del humor, conducen a estados placenteros que si no fueran la dicha, están muy cerca de ella. Un poco de infatibilidad no viene mal. "Es

En lo que llamaba Gina Lombroso "el fondo incontaminado de la infancia" habrá siempre ancha sustentación para el optimismo. Oigamos en este punto a Williams Faulkner: "Un optimista es un hombre capaz de ver una luz en la más oscura noche". Y pesimista es el hombre que sopla esa luz que ha descubierto el optimista". ¡Pensar que hay congéneres tan irreflexivos —y de ahí su desventura— que se pasan apagando luces en su mente y en la de quienes se le acercan, tomando con la antena de su atención cuanta cosa desagradable anda por los espacios!...

Puesto a actuar, cualquiera que se sea, es más agradable ocupación la de prender que no la de apagar luces. "De nosotros depende el que nos resulte el mundo un palacio o una cárcel", como señalaba el noble Lubbock. Y de que la felicidad no proviene de haber resuelto aspiraciones ambiciosas, puede estar seguro. Escúchese ahora a Bertrand Russell: "Carecer de algunas de las cosas que uno desea, es ingrediente indispensable de felicidad".

Somos más concluyentes nosotros, tal vez porque consideramos como nuestra la definición —a nuestro ver, insuperable— de Maeterlinck: "La felicidad no con-

dichoso", previno Epicteto. Y reprendía Gracián: "La felicidad es, de ordinario, crimen de necedad".

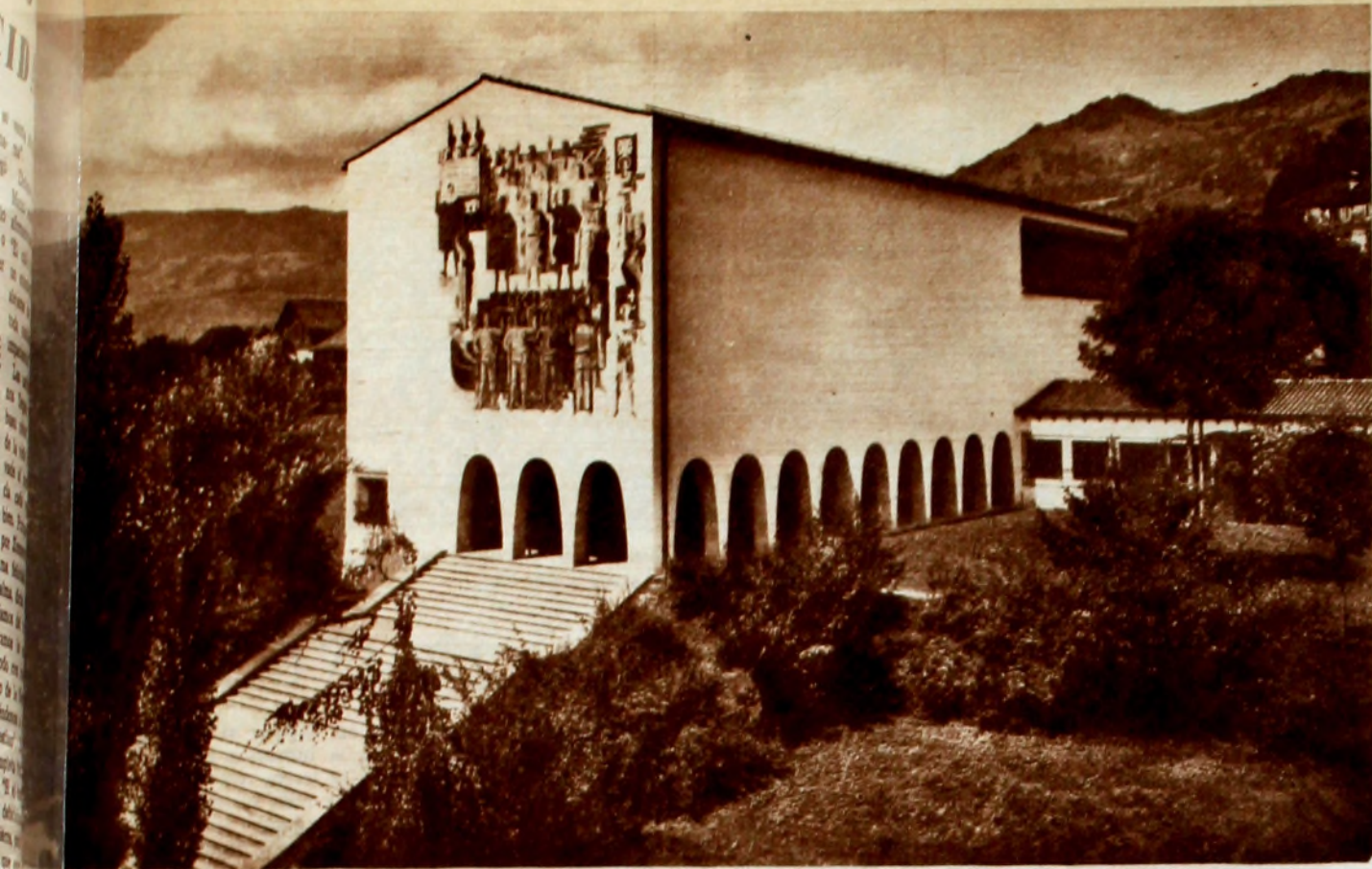
Para nosotros el asunto es claro. Nosotros sentamos con la más profunda convicción, enraizada en ya larga experiencia, que para ser feliz basta con creer que se es feliz. Y lo mismo, a la inversa, si se trata de un masoquista que desea aparecer desgraciado. Pero esto es ilógico, que como sentó Max Muller, "el no resultar dichoso es una falta grave". Oigamos la palabra de un genio de genios: "No es la infelicidad lo que hace a los hombres infelices: caen en la infelicidad por el temor de no ser felices". Abajo esta firma: Leonardo Da Vinci.

Infelicidad es tristeza, resentimiento, amargura y, a la postre, postración física. Para lograr la salud no hay nada comparable a mantener el corazón alegre. Eran tiempos de esclavitud y la negra doméstica decía a la joven de la casa que la interrogaba por su jovialidad: "¡Es que me río de todo, niña!". Actitud saludable cuando el sujeto no puede enderezar tantos entuertos como van apareciendo por el mundo. Fue expresado por Crane bien gráficamente, que "con la edad se arruga la piel, pero sin satisfacción, sin alegría, aunque sólo se tengan

"Jockey Club" Autos
de
CAUSSI
Bodas

Arenal Grande entre RIVERA y LAVALLEJA

Tels.: 40 11 36 - 40 11 37



Museo-Archivo de Schwyz venera celosamente sus pergaminos confederales. Ostenta en su frontispicio el fresco de Danioth titulado los "Fundamentos".

SCHWYZ: SIMBOLO Y CUSTODIO DE LOS PACTOS CANTONALES SUIZOS

Artigas y Batlle, señeros orientados de nuestros destinos, nos han dejado una significativa coincidencia de su identificación con las instituciones suizas.

El jefe de los Orientales, quizás sin conciencia, fondo la historia de sus Confederaciones en una organización afín. Por eso se ha determinado aún aquella circunstancia. En tanto predomina la convicción del directo influjo hispano-vernáculo en el ejemplo con el ejemplario estadounidense, el pensamiento de su pensamiento político federalista.

En cambio estudió en sus anales la convivencia. Apreció admirado su realidad trascendencia comunal. Su integración cantonal en veintidós diversidades y la unidad confederal.

Al plasmó la idea colegialista que vio en la "in situ" y consideró básica para nuestros destinos. Su modelo fue el Pacto Federal helvético con su siete cantones que desempeñaban cada uno una parte y se turnaban en la presidencia sucesivamente en el lapso de cuatro años.

Nuestros apuntes para el cuaderno viajero de profesor de Historia, habíamos anotado y comentábamos con Luis Gardone algunas palabras del adalid de Piedras Blancas a uno de sus más leales amigos: "Quiero Arena: Estoy en Suiza, donde observo las verdaderas maravillas de la democracia. Esto es admirable. ¿Quiere creer que la gente no sabe quién es el presidente?" En ese espíritu, tras las huellas de los grandes forjadores y paladines de la historia uruguaya, llegamos en nuestro viaje al cantón de Schwyz. Fuente original de la ideología de comunismo, laicidad y el estado, que se hermana a la distancia con el ayer y hoy institucional.

En la pequeña y pintoresca villa, venera celosamente sus pergaminos en el Museo-Archivo. Que es un alto y blanco edificio de arquitectura moderna con reminiscencias artísticas, levantado hace ahora precisamente un cuarto de siglo, en elevado emplazamiento rodeado por paisaje esplendente, en pleno corazón de la localidad.

Al margen de las gastadas rutas del turismo rutinario, entre las elevadas cumbres y los profundos valles de Schwyz, se ve la génesis y se hizo la práctica efectiva de las Alianzas Confederales. A partir del impulso de los núcleos familiares que tuvieron aliento, significación y relevancia. Según lugar mejor elegido para ese verdadero altar de la patria suiza, que éste, su pueblo prototipo.

La apariencia del conjunto es sobria y austera, característica de su acontecer tan antiguo, tal vez inimitable.

La imponente escalinata de acceso nos enfrenta al fresco de los "Fundamentos" de Danioth, que predispone el ánimo a la unión. Traspuestas las arcadas, se accede a

la vasta sala principal. Su altas paredes y el silencio monacal impresionan. Los pactos ostentamente sellados a lacre, expuestos en paredes y vitrinas, dan la lección magistral de los pueblos libres que supieron unirse para asegurar por la exclusiva fuerza de su unión, la libertad de todos, la libertad de cada uno, la defensa de la soberanía general y particular, y el triunfo de las autonomías locales.

Por doquier se visualiza y objetiva los mo-

mentos esenciales de su historia. En lugar de preferencia, verdadero proscenio museístico, otro fresco moderno de Walter Clénin rige la coreografía documental y recrea pictóricamente la unión inicial de los suizos en 1291, su recio y solemne juramento.

En sencilla y elegante exposición, entre armaduras y banderas cantonales, se exhibe la serie completa de Cartas Pueblas, auténticas y originales, hábilmente sustraídas de los agentes destructores.

El primer documento en el tiempo, es de redacción clara y terminante. Corresponde al pacto celebrado entre los cantones de Uri, Schwyz y Unterwald: "Considerando la malicia de los tiempos y para mejor defender y mantener en su integridad sus vidas y bienes... se han comprometido bajo juramento de buena fe, a prestarse unos a los otros, todo socorro, apoyo y asistencia, con todo su poder y todos sus esfuerzos, sin sustraer ni sus vidas ni sus bienes, en sus condados y fuera de ellos, contra el que, y contra todos los que, no importa por qué clase de acto hostil, atentaran contra sus personas o sus bienes, los atacaran o les causaran daño. Si eso ocurriese, cada una de las comunidades promete a la otra de acudir en su socorro en caso de necesidad, a sus propios gastos, y ayudarla lo que fuere necesario para resistir la agresión e imponer la reparación del daño cometido."

Empero hubo necesidad de buscar formas más precisas aún, más pulidas, mejor vestidas jurídicamente. Tras la capacitación y las experiencias —favorables y aciagas— de consagración e incumplimiento, como se puede observar en el resto de los pactos originales que se exponen.

Estos van desde la época de Guillermo Tell hasta el siglo XIX. Los más importantes son: los de Brunnen (1315), Lucerna (1332), Zurich (1351), Glaris (1352), Zug (1352), Berna (1353), Sempach 1393), Lucerna, Uri y Unterwald con Valais (1403), Berna con Neufchatel (1406), Basilea (1501), Appenzell (1513), Berna y Friburgo con Lausana y Ginebra (1525-1526), la Constitución de la República Helvética de 1798, el Pacto Federal de los veintidós cantones de 1815 y la Constitución definitiva de 1848.

Pero aunque ha cambiado la forma y el tecnicismo del derecho, el juramento sincero y leal de 1291 domina la historia. Ha sobrevivido los siglos y los contratiempos locales, nacionales y universales.

Abandonamos el Museo-Archivo de Schwyz, cimero de la Democracia, consustanciados con su ejemplario. Con el recuerdo de Artigas y de Batlle que allí nos llevó.

Nos es difícil dejar de admirar la especial composición arquitectónica y jardinería, impar, concebida y plasmada con eficacia por artistas, técnicos y alarifes lugareños. En sus planos, piedras, canchales y flores, se ha sabido esquematizar un símbolo material harto expresivo, de inenarrable belleza, que explica tantos aciertos de la colectividad suiza.

Flavio A. GARCIA

(Especial para EL DIA)



El fresco moderno de Clénin rige la coreografía documental y recrea pictóricamente la unión inicial de los suizos en 1291 y su juramento.



Es bien conocida la vinculación que mantenemos con un editor del Uruguay que acaba de realizar un rápido viaje a España por motivos relacionados con esa actividad y especialmente con la importación de libros. Por creerlo de interés para nuestros lectores, le hemos reportado ya mismo en la escalera del avión.

—¿Dónde estuvo?

—En España, y sólo allí, aunque muchos periódicos, confundiendo con el nombre de la compañía de aviación en que viajé, informaron también Francia.

—¿Qué posición tiene la industria editorial española en el mundo hispánico?

—España vuelve a retomar la importancia que había perdido después de la guerra civil, cuando Argentina, México y Chile, con el aporte de editores e intelectuales emigrados y en un ambiente de libertad, pasaron a ser los centros productores de más enjundia.

—¿Por qué vuelve el predominio peninsular, a pesar de que las condiciones de España no han cambiado?

—Fundamentalmente por una circunstancia material: los costos de producción americanos han ido elevándose en forma tan acelerada que hoy en España el libro cuesta la mitad que en América. Y ahí se produce la bola de nieve: libros más baratos posibilitan mayores ventas y tiradas más altas, lo que otra vez tiende a bajar el precio, y así sucesivamente. Además no hay que olvidar que, si bien no hay industria editorial sin exportación, el mercado interno español es más grande que el de cualquier nación americana, tomada individualmente. Es decir, hay una base nacional fuerte.

—¿Eso significa que llegará el día en que América pasará a segundo plano?

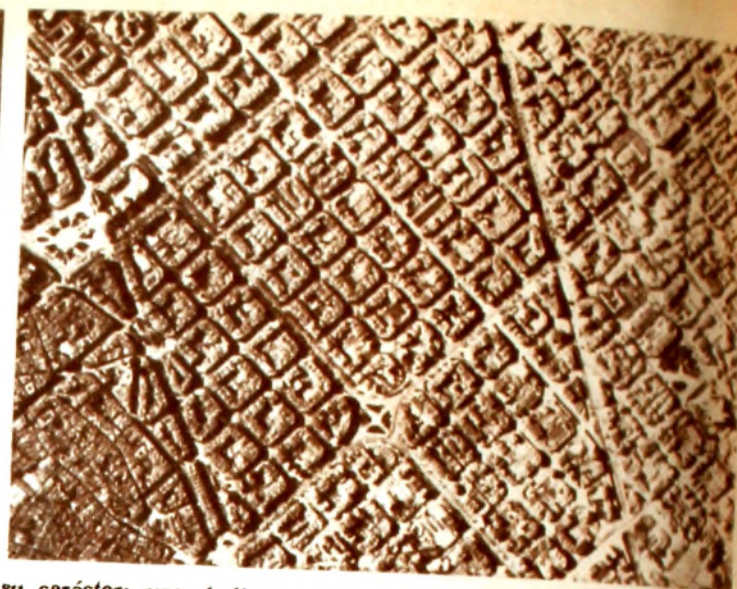
—No es tan simple el asunto. Los americanos tienen todavía una poderosa carta en su favor: la libertad de expresión, que en la península está muy limitada.

—¿Se refiere Ud. a la censura?

—Sí, señor. Allí la hay de dos clases: gubernamental y eclesiástica. A través de conversaciones con cerca de treinta editores hemos tenido oportunidad de conocer ciertos detalles de su funcionamiento, algunos francamente divertidos. Por ejemplo, un editor procura para sus obras primero la aprobación episcopal para poder luchar luego contra el censor oficial. Otro, por el contrario, teniendo aprobación oficial, tropieza con la censura eclesiástica, y recurre al Vaticano, para hacer posible la edición de nada menos que un catecismo!



Desde el aire, Madrid (izquierda) y Barcelona (derecha) anticipan su carácter: una, bullanguera y divertida; la otra, ordenada e industrial, es el centro de la industria editorial.



EDITOR URUGUAYO EN ESPAÑA

—Teníamos entendido, sin embargo, que los controles habían aflojado un poco.

—Lo que sucede es que el pueblo español, afortunadamente, se parece mucho al nuestro. Hemos encontrado en boca de libreros aquella frase tan famosa de la época de nuestra lucha independentista: "se acata pero no se cumple". Es gracioso, por ejemplo, lo que ocurre con importadores que tramitan el permiso para introducir 25 ejemplares de obras extranjeras interdichas por la censura, y que hacen circular extensas listas de "libros prohibidos", que se venden en cantidad diez o cien veces mayor y, además, a más alto precio. Resulta asimismo singular que ciertas obras prohibidas no puedan editarse en tomos separados, pero sí en cambio incluirse en volúmenes de obras completas.

—Es lo que decíamos: prácticamente no hay trabas.

—Las hay, y muchas. Ante todo, la autocensura. Infinidad de editores se encargan ellos mismos de expurgar las obras. Uno nos explicaba ciertos cortes en una obra de su fondo, argumentando que luego que el lector comprendía que una pareja estaba por culminar sus relaciones todo lo demás era superfluo, artísticamente irrelevante. Bien veíamos, sin embargo, que su verdadera intención no era tanto moralizar cuanto asegurar su dinero ante el quisquilloso censor.

—¿Quién ejerce la censura?

—Estrictamente no conocemos el mecanismo; pero creemos haber entendido que el Ministro de Educación, uno de los pocos jerarcas que ha permanecido en el cargo todo a lo largo del actual largo gobierno, es quien dirige la cosa, e incluso habitualmente realiza directamente la lectura. No hace mucho reunió a los principales editores del país y les explicó que había decidido hacer más restrictiva aún la reglamentación. Como única causa de tal medida dio la siguiente: "En los últimos años no puedo dormir por el ruido de cadenas que hacen las ánimas que he enviado al purgatorio por culpa de mi lenidad en materia de lecturas". Como me lo contaron...

—¿Qué reacción tuvieron los editores?

—Allí no se permite argumentar en contra. Pero hubo quien planteó un caso especial: de acuerdo con el nuevo decreto, una costosa edición que todavía no había salido a la calle pasaba a ser de venta prohibida, lo que ocasionaba un serio perjuicio económico a su empresa. El Ministro le dio una solución: se permitiría exportarla a la Argentina. Y así se hizo, para satisfacción de todos, porque ese país queda tan lejos que el ruido de cadenas apenas si se oye...

—¿Cuál es su conclusión en este campo?

—Una, muy importante: que la libertad es todavía moneda cotizante en el mercado. Argentina y México no tendrán mucho que temer por sus industrias editoriales mien-

tras exista en España el régimen actual. El impulso de la industria española es formidable; pero el lector que quiera conocer en nuestro idioma todo el movimiento cultural del mundo, de ninguna manera puede prescindir de los libros editados en América.

—¿Qué experiencias útiles ha recogido para nuestro país?

—En primer lugar, he comprobado de cerca la enorme influencia que tiene el INLE (que así se conoce al Instituto Nacional del Libro Español) para el fomento de la industria, con facultades muy extensas, y bien empleadas, sobre la actividad del gremio. Además, tanto en Barcelona como en Madrid, la venta de libros al detalle se realiza en todas las formas imaginables, y es tal el apoyo del público que hemos visto en las ramblas de la ciudad condal que pequeños quioscos de revistas venden libros de precio subido, aun los encuadernados en piel, que entre nosotros sólo pueden salir por vía de venta a plazos. También hemos visitado una Feria del Libro instalada frente a la Universidad de Barcelona, en plena calle, pero con la protección de chapas de plástico acanalado, instalación ágil y hasta hermosa; algo digno de ser estudiado por los pioneros de nuestras Ferias.

—¿Realizó gestiones en su carácter de integrante de la Cámara Uruguaya del Libro?

—No, por cuanto el viaje obedeció únicamente a razones de índole comercial. Pero en nuestro carácter de editor recibimos dos invitaciones: una, para concurrir a la Feria de Editores en Alemania, lo que no pudo ser por imposibilidad de prolongar la estadía en Europa; y otra, muy simpática para nosotros, puesto que era nuestro cumpleaños, a la cena anual del gremio. Ahora se explica nuestra excepcional supervivencia (cinco lustros) en actividad tan resbaladiza como es la editorial en el Uruguay: pues hemos nacido nada menos que el día de San Jerónimo, patrono de los editores; como se ve, todo un milagro, a dos firmas...

M. M. V.



La Sagrada Familia, de Gaudí, en Barcelona, una muestra de audacia catalana en piedra.

LA INCONCLUSA DE KAFKA

Esta vasta novela que Kafka no llegó a concluir narra las andanzas del joven inmigrante bohemio-alemán Karl Rossman en un alucinante Estados Unidos kafkiano, donde lo absurdo y lo ilógico se llegan sin embargo a aceptar mansamente por el lector gracias a la mágica envoltura del estilo.

Una parte del espíritu de quien recorre la obra sabe perfectamente que todo lo que desfila ante sus ojos es la deformación mítica de la realidad, con sentido simbólico y abstracto; pero la prosa de Kafka arrastra de tal manera en su torrente que por otro lado se pasa con naturalidad de un episodio desconcertante a otro no menos reñido con la razón y la cordura, como si todo aquello pudiese en verdad ser auténtico. El taumaturgo famoso triunfa, como de cos-

tumbre, en su lucha contra la resistencia coriácea de lo cotidiano y transitado, para deleite y meditación de su público.

Las figuras imposibles del propio Karl, de Mr. Green y Mr. Pollunder, de Delamarche y Robinson, de la increíble Brunelda, nos cautivan por entero hasta que nos despedimos del protagonista cuando ingresa al enorme Teatro de Oklahoma.

Allí finaliza el texto de la obra Max Brod, según se explica en una anotación al pie del capítulo, recogió del propio autor insinuaciones conforme a las cuales en el Teatro encontró Karl "su misión su libertad, su fundamento vital; más aún, hasta volvió a ver allí, como por encanto celestial, a sus padres, a su misma tierra patria".

Claro que Kafka "se refería a estos hechos sólo vagamente y con misteriosa sonrisa"...

O. F. V.

FRANZ KAFKA - AMERICA. - Emecé, 280 págs., Buenos Aires 1961.

VENTA REMATE LIBROS

0.45, 1.95, 2.95, 3.95, 4.95, 9.95.

Y OBRAS NOTABLES A MITAD DE PRECIO

FERIA DEL LIBRO

18 DE JULIO 1308 (casi Yaguaron)

ENTRADA LIBRE



La Plaza Mayor de Madrid, verdadero patio de tradición castellana.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

LA PACÍFICA EDUCACIÓN DEL LEÓN, DEBE SER, DE PRONTO INTERRUPTIDA.



UNA MUERTE RÁPIDA Y LIMPIA, MAGNO. UN GRAN FESTÍN. CUANDO TÚ Y YO CAZAMOS ES PARA COMER... NO POR TORTURAR SALVAJEMENTE.

EN PERCATARSE QUE
EIS DE LAS MÁS
FUERTES MUJERES
DE D'AMA LO HAN SE-
GUIDO DESDE LA FOR-
TALEZA, LA ATENCIÓN
DE TARZÁN SE CEN-
TRA EN HACER CO-
MER A MAGNO
CARNE COCIDA.

ESE LEÓN COMPLICA TUS PLANES
DE LLEVAR A TARZÁN VIVO,
RINA.



NO SEAS PESIMISTA, LUZA. ESTA
FLECHA, QUE HA MATADO TANTOS
HOMBRES QUE ODO... SEGURAMEN-
TE MATARÁ AL LEÓN, DEL QUE QUIERO
DESHACERME.



NO, RINA... TU DEBES GUARDAR TU FUERZA PARA TARZÁN. DE-
JAME DISPARARLE UNA FLECHA A LA CABEZA DEL LEÓN,
MIENTRAS ESTÉ DURMIENDO ESTA NOCHE.



MIENTRAS TANTO, EN EL VALLE, MAGNO REFUNFUÑA PORQUE
TARZÁN NO QUISO DARLE UN PEDAZO DE GACELA PARA COMER-
LO RÁPIDO Y... CRUDO.



NO TE ENOJES CONMIGO, MAGNO.
TE GUSTARÁ LA CARNE QUE ES-
TOY COCINANDO PARA TI, UNA
VEZ QUE LA PRUEBES...

Copyright 1961, Edgar Rice Burroughs, Inc.—Tm. Reg. U. S. Pat. Off.
Distr. by United Feature Syndicate, Inc.

Bill
Elliott
John
Celardo

CUANDO ERAS JOVEN, NUNCA TE DÍ
CARNE CRUDA... TÚ Y YO NO SOMOS
SALVAJES, SEDIENTOS DE SANGRE
DE OTRAS CRIATURAS. COME,
MAGNO.



NUESTRO APETITO DEBE SER DE ALI-
MENTO, NO DE CARNE. HAZ COMO YO,
MAGNO. COME. OBEDECEME
MAGNO. COME.



1559



Nutre,
vigoriza,
fortalece.

TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares.



llega el mundo de la moda primaveral

por
las
3
avenidas
y...



ALGODONES ESTAMPADOS,
en una extraordinaria varie-
dad de diseños
exclusivos. Ancho
0.90, el metro **\$ 8.50**

TELA VICHY RAYADAS MUL-
TICOLOR Y ALGODONES ES-
TAMPADOS de gran novedad.
Ancho 0.90, el
metro **\$ 10.50**

LINO FANTASIA, el tejido
práctico para su vestido sport.
Ancho 0.95, el
metro **\$ 14.50**

SEDA BEMBERG ESTAMPADA
Y LINO A LUNARES, dos
creaciones ex-
clusivas. Ancho
0.90, el metro **\$ 16.50**

SIMIL HILO, en delicados di-
seños para vestidos chemisier.
Ancho 0.90, el
metro **\$ 18.50**

POPELINA JACQUARD ESTAM-
PADA, una novedad de su-
aves tonalidades.
Ancho 0.90, el
metro **\$ 19.50**

SEDA IMPRIME, el suceso de
la moda para la presente es-
tación. Ancho
0.90, el metro **\$ 22.50**

SHANTUNG ESTAMPADO Y
ORGANZAS AMERICANAS
FANTASIA. An-
cho 1.00 y 1.20,
el metro **\$ 26.50**

GASA LISA AMERICANA, en
la gama completa de colo-
res. Ancho 1.20,
el metro **\$ 31.50**

SOURAH Y POPELINA SATIN,
en diseños de gran vestir.
Ancho 0.90,
el metro **\$ 32.50**

MUSELINA BROCHE AMERICA-
NA, la seda ideal para vesti-
dos vaporosos.
Ancho 1.20, el
metro **\$ 34.50**

GASA DE SEDA NATURAL Y
NYLON ESTAMPADO, el suce-
so en los últimos desfiles de la
moda. Ancho
1.15, el metro **\$ 45.00**

CASA MATRIZ Av. AGRACIA-
DA 2302 esq. Marcelino Sosa
Tel. 20 09 61

SUCURSAL GOES - Av. GENE-
RAL FLORES 2341 esq. Mar-
celino Berthelot - Tel. 2 4 200
2 43 00 - 2 44 00

SUCURSAL CORDON - Av.
18 DE JULIO 1601 esq. Car-
los Roxlo - Tel. 40 41 11

VEA nuestras estelares
presentaciones en
T.V. los Lunes 21 hs.
Miércoles 21.00 hs.
POR SAETA CANAL 10.

Martes 21.30 hs.
POR MONTECARLO
CANAL 4.

Novedades destacadas que presenta la
SECCION TEJIDOS
más completa del país:

RADZIMIR, BROCATOS Y SEDAS LAMI-
NADAS. - GASAS, MUSELINAS, VOILES Y
SEDAS NATURALES. - ORGANZAS LISAS Y
FANTASIA. - BRODERIES, CLUNYS Y ENCAJES.